

# Vida de Santa Luisa de Marillac

---

Elisabeth Charpy  
Ed. Paulinas, 1992

## Introducción

LA HISTORIA habla con admiración del gran santo de la caridad. Su irradiación ha resistido el paso de los siglos. ¿No decimos de quienes encarnan al presente la caridad entre el deshecho de la sociedad, entre los moribundos abandonados, que son modernos “Vicentes de Paúl”?

¿Por qué la historia parece ignorar a la que fue la humilde y discreta colaboradora de Vicente de Paúl? ¿Acaso por ser mujer? ¿O porque fue sobrina de Miguel de Marillac, guardasellos de Richelieu, que intentó derrocar el orden establecido provocando el “día de los engaños”? ¿O no será por haber sido hija natural? Durante mucho tiempo la Iglesia ha colgado a esos niños el sambenito de lo que llamaba la culpa de los padres. Luisa no será canonizada hasta el siglo XX, casi trescientos años después de su muerte.

Sin embargo, de no ser por ella, ¿hubieran existido las Hijas de la Caridad, designadas habitualmente como hermanas de san Vicente de Paúl? Sin ella, ¿hubieran encontrado amor y educación los niños expósitos, y los galeotes y enfermos unas manos compasivas que los socorrieran en su desgracia? Sin ella, ¿el mismo Vicente de Paúl hubiera llegado a ser el santo más popular?

Luisa de Marillac nació el 12 de agosto de 1591. Durante treinta y cinco años permanece al lado de Vicente de Paúl, compartiendo el mismo amor a Dios y a los pobres. El 15 de marzo de 1660 fallecía Luisa, unos meses antes que el humilde campesino de Las Landas.

## 1. Una infancia agitada

EN NUESTRA sociedad moderna, Luisa de Marillac sería uno de los innumerables niños denominados “casos sociales”. Múltiples trastornos marcan su personalidad. Su madre es una desconocida. En 1595 su padre, hombre de carácter antojadizo, se casa en segundas nupcias con una viuda, madre de tres hijos. Las relaciones conyugales se deterioraron rápidamente.

A los doce años, Luisa es huérfana. Luis de Marillac, su padre, muere el 25 de julio de 1604. Se le asigna como tutor a su tío Miguel; pero la familia Marillac se desentiende de esta niña que, debido a su nacimiento, carece de los derechos legales de la familia. La falta de la madre, de un hogar, de hermanos y hermanas, deja para siempre su huella profunda en la sensibilidad de la niña.

Luisa no volvió con su padre. Éste muy pronto la coloca en el convento real de Poissy. La pequeña encuentra allí el afecto de su tía abuela, la madre Luisa de Marillac. Esta religiosa dominica es una humanista. Se complace en compartir con la niña su gusto por la cultura y la pintura. Con las otras niñas procedentes de las familias más grandes del reino, Luisa disfruta del fervor religioso que reina en el monasterio.

Hacia los doce años, Luisa es sacada de Poissy y enviada a un internado regido por una “señorita pobre”. Los historiadores se preguntan por las razones del cambio. Luisa no habló nunca de ello, aunque algunas veces recordó ante las hermanas su estancia en aquel modesto pensionado. ¿Fueron los apuros financieros de su padre los que motivaron el cambio? En 1602 se enfrenta en un proceso a

su mujer, que ha dilapidado sus bienes. ¿Fue el tutor, que, muerto el padre, se negó a pagar la elevada pensión del convento de Poissy? Luis de Marillac dotó a su hija en el momento de sus segundas nupcias con una renta perpetua. Los ochenta y tres escudos pagados cada trimestre encajan mejor en la vida de la modesta pensión. Allí Luisa es iniciada en las tareas domésticas que una madre enseña normalmente a su hija.

¿Cómo reacciona la adolescente ante esta serie de reveses? Ciertas notas redactadas mucho después por Luisa permiten suponer un desconcierto y hasta una especie de rebeldía ante tantos sufrimientos.

*“Dios... me hizo saber que su santa voluntad era que yo fuera a él por la cruz, que su bondad ha querido que tuviera desde mi nacimiento, no dejándome casi nunca en cualquier edad sin ocasiones de sufrimiento. Las almas a las que Dios destina al sufrimiento deben amar mucho ese estado y pensar que, sin una asistencia muy particular de Dios, no pueden serle fieles” - (Escritos, 707).*

Los albores del siglo XVII están fuertemente marcados por la renovación del concilio de Trento.

La vida religiosa florece en Francia. La Compañía de Jesús es restaurada en 1603. Al año siguiente les toca a los capuchinos establecerse en el barrio Saint-Honoré. Luisa los ve desfilar por las calles de París, los pies desnudos, precedidos por una larga procesión presidida por el arzobispo de París. La joven de quince años se siente atraída por aquella vida claustral de total austeridad y oración. Va a menudo al monasterio. “Se llena de gozo apenas divisa sus muros” (Doc. 923). Se inicia en la oración y se impone “comer raíces” (Doc. 947). En un arranque de fervor, Luisa promete a Dios hacerse un día religiosa capuchina. Pero sabe muy bien que son los padres los que escogen el futuro de sus hijos; que una joven no puede decidir nada por sí misma. Necesita, pues, hacer algunas diligencias ante su tutor. Miguel de Marillac, sorprendido por la petición de su sobrina, la envía a ver al provincial de los capuchinos, el padre Honoré de Champigny. La respuesta negativa hiere en lo más hondo a

Luisa. ¿Es realmente su precaria salud lo que le impide ser capuchina? No podría, le dicen, soportar los rigores de la regla. ¿No está también la negativa inconfesada de los Marillac a pagar a su sobrina pobre la dote necesaria para entrar en religión? El padre provincial por todo consuelo le dice estas palabras a la joven desamparada: “Dios tiene otros designios sobre usted”. Estas enigmáticas palabras calan en el ánimo de Luisa.

Durante largos años buscará con inquietud e impaciencia su “vocación”.

La familia de Marillac se preocupa entonces de casar a la joven. Uno de sus tíos, Octaviano d’Attichy, superintendente de finanzas, propone a uno de los secretarios de los servicios de la reina. El 5 de febrero de 1613, en la iglesia de San Gervasio, se celebra la boda de Antonio Le Gras y de Luisa de Marillac. Al casarse con un simple caballero, Luisa no llevará el nombre de señora, sino el de señorita, como las mujeres de la burguesía. Los de Marillac pueden descansar tranquilos; han dispuesto a su plena satisfacción el futuro de la hija natural de uno de los suyos.

## **2. Una felicidad efímera**

JUNTO a su marido, la srta. Le Gras conoce horas de verdadera felicidad. A finales de año el pequeño Miguel viene a alegrar el nuevo hogar. Juntos, Antonio y Luisa instalan su casa de la calle Courteau-Villain; juntos se reúnen con jóvenes matrimonios cuyos maridos trabajan con la reina. Juntos también oran y leen la Biblia.

Pero pronto momentos sombríos vendrán a perturbar la apacible vida de Luisa. Antonio cae enfermo. Su carácter se altera: se vuelve irritable y voluble. Luisa se siente entonces inquieta. ¿Por qué? ¿Por qué ese cambio en su marido; por qué otra vez el sufrimiento? ¿No será ella la responsable de todo? ¿No le había prometido a Dios ser religiosa? Convencida de haber sido infiel a su promesa, Luisa se siente invadida por la ansiedad, por un sentimiento profundo de culpabilidad. Poco a poco, todo zozobra; le dan ganas de huir, de dejar a su marido enfermo y a su hijo demasiado lento

para despertarse; comienza a dudar de todo: de la inmortalidad del alma y hasta de la existencia de Dios. Confiando encontrar la paz, Luisa multiplica los ayunos, las vigiliyas y oraciones.

En este contexto es cuando ocurre el acontecimiento de pentecostés, una especie de iluminación espiritual. *“En un solo instante, se aclararon las dudas de mi espíritu” (Escritos, 3).*

Esta súbita luz que invade el corazón y el espíritu de Luisa, ¿no es comparable a la que un día envolvió a Saulo en el camino de Damasco? ¿No es el mismo fenómeno que experimentará Claudel la noche de navidad en la iglesia de Notre-Dame? También él escribirá: *“En un instante, mi corazón se sintió tocado... y creí”*. Estos resplandores que rasgan las tinieblas orientan el futuro de sus beneficiarios; pero exigen luego una comprensión personal. Claudel observa que serán precisos cuatro años de lucha para adherirse plenamente a su conversión. Saulo de Tarso precisará la ayuda de Ananías y una larga permanencia en el desierto antes de convertirse en el infatigable misionero de los pueblos gentiles.

Luisa de Marillac consignó por escrito este recuerdo para evocarlo. El manuscrito, un trozo de papel de 28 por 9 cm., es reducido a una decena de pliegues. Esta máxima reducción permite conservar la hoja en el bolsillo o en un bolso para poder releerla fácilmente. Una rápida ojeada a su breve contenido muestra una estructura muy ordenada y de una sorprendente sencillez: tres dudas, un breve instante y tres iluminaciones. Luisa encuentra aquel domingo de pentecostés de 1623 la certeza de la fe. Queda fijada su misión. Será una pequeña comunidad consagrada al servicio de los pobres, donde habrá posibilidad de *“ir y venir”*. Luisa no comprende cómo podrá realizar esto, pues todas las religiosas viven detrás de rejas. Para ayudarla y sostenerla en este insólito camino le es presentado un nuevo director espiritual, un sacerdote de unos cuarenta años, llamado Vicente de Paúl. Hasta entonces Luisa se había abierto a Jean-Pierre Camus; pero, desde que es obispo de Belley, va raramente a París.

¡Qué sorprendente encuentro el de Luisa de Marillac, la aristócrata parisina, de espíritu vivo y temperamento sensible, y Vicente de Paúl, aquel buen campesino de las Landas, que procede tan prudentemente! Luisa se ha cruzado varias veces con este sacerdote, preceptor de los Gondi, cuyo domicilio está cerca de su casa. Relatando la iluminación de pentecostés, observa: *“se me aseguró también que debía descansar en mi director y que Dios me daría uno que me hizo ver, creo, y sentí repugnancia de aceptar...” (Escritos, 3).*

Vicente de Paúl se ha fijado en la srta. Le Gras, aquella mujer triste, que parece tan replegada sobre sí misma. Se siente muy poco dispuesto a hacerse cargo de la dirección espiritual de una mujer atormentada y escrupulosa. Recuerda las exigencias de la sra. de Gondi.

Todo separaba a aquellos dos seres: su origen social y su cultura. Parecía que nada podría acercarlos. Sería Jean-Pierre Camus, gran amigo de Francisco de Sales, quien facilitaría y alentaría este encuentro apoyándose en su común admiración por Francisco de Sales, el dulce obispo de Ginebra, fallecido unos años antes, en diciembre de 1622. Luisa de Marillac le había recibido en su casa; leía y releía sus obras: el *Tratado del amor de Dios* y la *Introducción a la vida devota*. Francisco de Sales había confiado la dirección espiritual del monasterio de la Visitación de París a Vicente de Paúl. Los escritos de Vicente y de Luisa mencionarán varias veces al *“bienaventurado obispo de Ginebra”*.

Liberada de sus dudas, Luisa comprendió que debía permanecer al lado de su marido. Durante dos años le rodea de afectuosos cuidados. Antonio Le Gras muere serenamente el 21 de diciembre de 1625.

La situación financiera de Luisa, convertida en viuda, no le permite seguir viviendo en su casa de la calle Courteau-Villain. Busca un alojamiento menos costoso, yendo a vivir con su hijo Miguel, de doce años en la calle san Víctor, no lejos del colegio de Bons-Enfants, del que es superior Vicente de Paúl.

### 3. En busca de su vocación

SOLA de nuevo, abrumada por lo que llama ella “la justicia de Dios”, Luisa busca un apoyo. Escribe a su primo Hilarión Rebours, a mons. Camus y a su tío Miguel. Las respuestas, hartamente desconcertantes, no devuelven la paz a su alma atormentada. También se dirige a su nuevo director. Se aferra a él como a un salvavidas. Desearía tenerlo siempre en París, dispuesto a responder a sus inquietudes. Vicente acoge a esta mujer desorientada. Con paciencia y bondad la ayuda a descentrarse de sí misma, a simplificar su vida de oración, a abrirse a los demás. Le pide que prepare ropa para los pobres. Lentamente, el estado depresivo que oprimía a Luisa se desvanece y todo su ser se relaja progresivamente.

A través de cartas y encuentros, Vicente y Luisa se descubren. Luisa se confía enteramente a aquel sacerdote, hombre sencilla, lleno de amor a Dios” y a los pobres. Le está muy reconocida por la ayuda aportada a la educación de su hijo. Vicente de Paúl le ha tomado afecto a aquel pequeño, a menudo obstinado y en conflicto con su madre. Adivina hasta qué punto los años transcurridos entre un padre enfermo y una madre deprimida han marcado profundamente su carácter.

A su vez, Vicente de Paúl descubre en Luisa de Marillac una persona rica, que sólo espera poder manifestarse y abrirse. No vacila en movilizar su despierta inteligencia, su amplia cultura y su sentido de la organización. Desde 1617, en las ciudades y pueblos donde predica la misión. Vicente reúne mujeres compasivas para que visiten a los pobres enfermos y les lleven ayuda y consuelo. Esas asociaciones llamadas “Cofradías de la caridad”, se multiplican; algunas son muy dinámicas, mientras que otras tropiezan con dificultades.

Vicente se percata de que para mantener el fervor de todos aquellos grupos son precisas visitas regulares. En la srta. Le Gras encuentra la persona que necesita. En mayo de 1629 le pide que vaya a visitar la cofradía de Montmirail. Consciente de la importancia de esta primera partida. Vicente envía a Luisa una “orden de

misión”, inspirándose en el texto litúrgico del Itinerario de los clérigos:

*“Id, pues Señorita: id en nombre de Nuestro Señor. Ruego a su divina bondad que os acompañe, que sea vuestro consuelo en vuestro camino, vuestra sombra contra el ardor del sol, vuestra protección contra la lluvia y el frío, vuestro lecho blando en vuestro cansancio, vuestra fuerza en vuestro trabajo y que, finalmente, os devuelva en perfecta salud y llena de buenas obras”* (Doc. 26).

Como misionera de la caridad. Luisa recorre los caminos de Francia: Saint-Cloud, Villepreuv. Beauvais, Montreuil, Pontoise, Villeneuve-SaintGeorges, Liancourt, Loisy-en-Brie, Gournav-sur-Aronde, Asnières y otras muchas poblaciones reciben su visita. Viaja en diligencia, deteniéndose en posadas durante la noche: en ellas descubre la promiscuidad, las conversaciones atrevidas de los hombres, la pobreza del alojamiento (un poco de paja por lecho). Cuando la distancia es corta, hace el camino a caballo. Al llegar al pueblo o la ciudad, las más de las veces es recibida por una Cofradía. Durante su estancia, Luisa reúne a los miembros de la asociación, les alienta en su trabajo y reanima su fervor. Si le parece necesario, reajusta el reglamento. Visita personalmente a los enfermos, se reúne con chicas pobres sin instrucción y se esfuerza en encontrarles una maestra. Su entusiasmo es contagioso.

*“Una vez fue a un pueblo en el que todas las mujeres se sintieron tan consoladas de oírla que lo contaron a sus maridos, los cuales querían ir; les dijeron que los hombres no podían ir allí. Ellos fueron y se escondieron debajo de la cama y por todos los rincones de la habitación, y luego preguntaban si ella no confesaba”* (Doc. 923).

Cuando había que poner en marcha una Cofradía, restaurar otra, redactar un reglamento, Vicente enviaba a Luisa, seguro de su habilidad, de su tacto y su experiencia misionera. Dejaba a su criterio las medidas que había que tomar y los métodos que se debían emplear. Luisa da cuenta regularmente de sus actividades, de las dificultades que encuentra y de sus gozos y

temores. Vicente anima y tranquiliza a la que se ha convertido en su colaboradora:

*“Esté tranquila y únase en espíritu a las burlas y malos tratos que sufrió el Hijo de Dios cuando sea honrada y estimada. Ciertamente, señorita, un espíritu verdaderamente humilde se humilla tanto en los honores como en los menosprecios; hace como la abeja, que saca miel lo mismo del rocío que cae sobre el ajeno que del que cae sobre la rosa”* (Doc. 46).

El impulso de caridad suscitado por Vicente de Paúl conquista las parroquias de París. Marquesas, condesas, duquesas y hasta princesas, todas desean entrar en las filas de las Damas de la Caridad. Descubren la pobreza y a quienes la padecen. Se muestran llenas de generosidad y abren sus bolsas. Mas cuando hay que llevar la olla de sopa a los tugurios, algunas experimentan enormes dificultades, asfixiadas por la vista y el olor que sale de ellos. Envían a sus criadas para que las reemplacen. Vicente y Luisa se preguntan entonces si las Cofradías de la Caridad van a poder mantenerse. Las criadas de aquellas Damas ejecutan una orden, pero no siempre tienen el amor y el respeto a los pobres.

En el curso de una misión en los alrededores de Suresnes, en 1630, Vicente de Paúl encuentra una campesina, Margarita Naseau, deseosa de servir a los pobres. Vicente ve en este acontecimiento una respuesta de la Providencia. Margarita, de treinta y cuatro años, ha aprendido a leer guardando las vacas y preguntando a los transeúntes. Luego se esforzó en instruir a otras chicas. Está absolutamente dispuesta a ir a París, si tal es la voluntad de Dios. Vicente la envía a servir a los pobres de la Cofradía de la Caridad de la parroquia de San Salvador. Luisa de Marillac y Margarita de Naseau, comparten juntas su fe y su deseo de servir bien a los pobres enfermos a domicilio. Luisa se maravilla del ardor de Margarita.

Pronto se presentan otras chicas del campo para avudar a las Damas de las diferentes Cofradías de la Caridad de París. Luisa las acoge, les explica el trabajo que han de hacer y las distribuye por las parroquias. Las acompaña

en su itinerario espiritual y les enseña el respeto y amor al pobre, imagen de Jesucristo.

Una intuición se va imponiendo poco a poco a Luisa de Marillac. ¿No debería consagrarse a sus hijas, a su formación, a apoyarlas y reunir las? ¿No debería aquella la pequeña comunidad consagrada al servicio de los pobres que vislumbró durante la visión del domingo de pentecostés de 1623?

Como mujer, que vivía en el siglo XVII, no podía decidir por sí sola en tal empresa. Somete su pensamiento a Vicente de Paúl. Éste no ve la necesidad de tal comunidad. ¿No sería poner en peligro la vida de las Cofradías de la Caridad, sobre todo en París, al separar las Damas de las hijas? Con una tenacidad llena de deferencia, Luisa insiste varias veces. Molesto por tal insistencia, Vicente responde más bien con sequedad:

*“Usted es de Nuestro Señor y de su santa Madre; permanezca unida a ellos y en el estado en que la han colocado, en espera de que deseen otra cosa de usted... Le ruego de una vez por todas que no piense en ello hasta que Nuestro Señor manifieste que lo quiere, que ahora da los sentimientos contrarios a ello”* (Doc. 86-87).

Luisa, paciente, reflexiona y ora. La muerte de Margarita Naseau en febrero de 1633 interpela tanto a Luisa como a Vicente. Margarita ha fallecido de la peste por haber acogido en su cama a una mujer pobre, afectada de esa enfermedad contagiosa. No obstante, Vicente de Paúl sigue vacilando. Cuando los convento, acogen sobre todo a señoritas de la nobleza o de la burguesía, ¿es posible proponer a unas campesinas que se consagren a Dios y formen una comunidad religiosa?

Luisa de Marillac, que conoce bien los valores profundos de esas jóvenes del campo, insiste. ¿Por qué Dios no iba a llamarlas a ellas también a una vida entregada del todo a él y a los pobres?

Durante sus ejercicios anuales, en agosto de 1633, Vicente ora largamente. El último día le escribe a Luisa:

*“Creo que su buen ángel ha hecho lo que me pedía usted por la que me escribió. Hace cuatro o cinco días se ha comunicado con el mío respecto a la Caridad de vuestras hijas; pues la verdad es que me ha sugerido a menudo que lo recuerde y que he pensado seriamente en esa buena obra. Volveremos a hablar de ello, el viernes o sábado, Dios mediante, si no me manda usted llamar antes”* (Doc. 100).

Todavía son necesarias varias semanas para los últimos preparativos. El 29 de noviembre de 1633 Luisa recibe a algunas jóvenes para alojarlas en la casa y hacer que vivan en comunidad. A estas jóvenes se las denomina las más de las veces Hijas de las Caridades o de la Caridad, porque trabajan en las Cofradías de la Caridad. A veces se las designa con el título de Servidoras de los Pobres o también Hijas de la srta. Le Gras. Sólo mucho más tarde, en el siglo XVIII y sobre todo en el XIX, se las llamará hermanas de san Vicente de Paúl. La Iglesia les ha dado como nombre oficial el de “Hijas de la Caridad de san Vicente de Paúl”. Se ha pasado en silencio el papel fundador de Luisa de Marillac.

El grupo no posee estructuras precisas. Es una especie de cofradía. Este término designa en el siglo XVII un grupo de laicos reunidos, para promover una obra de devoción o de caridad. Vicente de Paúl y Luisa de Marillac le designan con términos de sentido muy amplio: el de compañía, que indica una agrupación de personas, para un fin común, o el de comunidad, que significa que las personas agrupadas viven juntas. Los textos oficiales del siglo XVII que reconocen la existencia de ese grupo hablan de sociedad, cofradía e instituto. Esta comunidad, de un tipo muy nuevo, resulta difícil de definir jurídicamente. No es una orden religiosa de estructuras bien codificadas que vive en un monasterio. Como lo explica Vicente de Paúl a las hermanas, esta compañía se ha formado “imperceptiblemente”, se construye poco a poco. En el siglo XIX, en un afán de recuperación después del torbellino revolucionario, se reestructura toda la vida religiosa. Las hermanas de San Vicente de Paúl se convierten en una de las más importantes “congregaciones religiosas”. El concilio Vaticano II (1962-1965) invita a todas las

comunidades religiosas a descubrir el “soplo de los orígenes”. Hoy la Iglesia reconoce la vocación propia de la Compañía de las Hijas de la Caridad, clasificándola entre las sociedades de vida apostólica.

Cuando en noviembre de 1633 Luisa de Marillac reúne a unas jóvenes a su alrededor, su hijo Miguel, de veinte años, está como pensionista en los jesuitas. En vacaciones, no pudiendo alojarse con su madre, es acogido por Vicente bien en el Colegio Bons-Enfants, bien en san Lázaro, donde se le dispone una habitación.

#### **4. Una comunidad nueva**

EL PEQUEÑO grupo reunido en torno a Luisa de Marillac aumenta rápidamente: cinco o seis en noviembre de 1633, una docena en julio de 1634, veinte a finales de 1635. La afluencia de toda esta gente nueva exige que se busque una casa más grande. La joven comunidad se establece en mayo de 1636 en el pueblo de La Chapelle, al norte de París. El crecimiento de la comunidad prosigue. En 1641, de sesenta a ochenta jóvenes se han unido a las primeras. Se impone un nuevo traslado. Después de varios meses de búsqueda, se compra una casa en el suburbio Saint-Denis. El acta de venta se firma ante notario el 6 de septiembre de 1641. Como la Compañía de las Hijas de la Caridad no posee bien alguno, las doce mil libras las paga la Congregación de la Misión. Esta pequeña propiedad (dos cuerpos de edificio, jardín y dependencias), situada en frente de San Lázaro, donde reside Vicente de Paúl y sus misioneros, se convierte en la casa madre de las Hijas de la Caridad, permaneciendo tal hasta la Revolución.

Los lazaristas, fundados por Vicente de Paúl, dan a conocer a la nueva comunidad en el curso de sus diferentes misiones en el campo. Las Damas de la Caridad, llenas de fervor, invitan también a las campesinas de sus tierras a unirse al grupo. En ciertas familias se propaga un verdadero entusiasmo por esta nueva forma de vida dedicada al servicio de los pobres: dos, tres y hasta cuatro hermanas llegan a París, a las cuales siguen sus primas. Hermanos y primos van a llamar a la puerta de San Lázaro,

pidiendo ser sacerdotes o hermanos de la Misión.

¿Cuáles son las raíces profundas que animan a todas estas campesinas o hijas de artesanos? ¿Tienen, como Margarita Naseau, un verdadero deseo de consagrar su vida a Dios y a los pobres? En algunas, no hay ninguna duda. Mas en otras, los motivos no están tan claros. Al unirse a Luisa de Marillac no se les pide a estas jóvenes dote alguna, contrariamente al uso de las comunidades religiosas de la época, sino únicamente su buena voluntad. ¿No es un modo de tener casa, alimento y un trabajo, mientras que en el campo la vida es muy dura? Luisa comprueba también que algunas han ido a descubrir la capital.

París resulta siempre atractivo para las jóvenes. Algunas chicas, como la llegada de Normandía, piensan más en divertirse, en contactar con chicos, que en servir a los enfermos.

Vicente y Luisa comprenden que se impone un discernimiento antes de admitir a una nueva candidata entre las Hijas de la Caridad. Luisa se fija en su manera de vivir. ¿Le permite su salud llevar a cabo las tareas humildes y bajas que reclaman los enfermos? Tal joven, enferma del pulmón o con un defecto físico no conviene. Otra posee un temperamento ardiente; al encontrarla, Vicente da su parecer:

*“Creo que habrá que trabajar un poco, que sus pasiones son algo fuertes. Pero bueno; cuando tienen la fuerza de superarse, obran luego maravillas”. Y aconseja que la retengan (Doc. 110).*

Estas jóvenes están llamadas a vivir juntas. La vida comunitaria no es fácil; exige olvido de sí, atención a los demás, alegría de vivir. Los temperamentos inestables y depresivos corren el riesgo de ser una carga para los demás y de sufrir ellos mismos. Por lo general, no pueden permanecer en la Compañía.

*“En cuanto a la buena hija de Argenteuil, que es melancólica, creo que tiene razón en poner reparos para aceptarla, pues la melancolía es un ánimo extraño” (Doc. 110).*

Habituadas a vivir en medio del campo, algunas tienen costumbres un tanto rudas. Juana no vacila en pegar a su compañera cuando está descontenta de ella. Como el hecho se repite varias veces, se le pide a Juana que vuelva a su casa.

¿Qué diferencia de educación entre Luisa de Marillac y aquellas campesinas! La paciencia de Luisa, su perspicacia y su humildad, permiten prescindir de las formas exteriores y descubrir en el corazón de aquellas jóvenes un vivo amor a Dios y al prójimo.

Para ayudar a cada una, Luisa prepara un reglamento o regla de vida. Se levantan a las cinco y media. Desde las seis, las hermanas consagran una hora a la oración. Luisa, con tacto, las inicia en este encuentro con Dios. La víspera por la noche ha habido la preparación para la oración, o sea una explicación del texto que sostendrá su oración. Después de la oración, las hermanas comparten sencillamente su meditación y la manera como han hablado con su Señor y Dios. Luisa concluye la conversación y orienta la jornada sugiriendo una resolución práctica.

Luego las hermanas van a las diferentes parroquias. Se dirigen a casa de la Dama de la Caridad, “que ordena cocer lo corriente de los pobres”. Luego van a reconfortar a los enfermos y moribundos, proporcionándoles consuelos y alimento. Luisa enseña a cada una la manera de preparar las tisanas y las pomadas, les enseña cómo han de hacer las purgas o lavados, cómo realizar una sangría evitando “los peligros de las arterias, nervios y otras”. Gracias sin duda a su espíritu de observación y a su inteligencia práctica ha podido adquirir Luisa de Marillac todas esas nociones necesarias para la educación de las Servidoras de los Pobres.

Cada mañana, las hermanas van a la iglesia de su parroquia a misa. Las exigencias del servicio de los enfermos corre a veces peligro de ser fuente de conflictos. ¿Dónde se encuentra el deber? Vicente de Paúl, que va regularmente a hablar a las hermanas, explica:

*“Hijas mías, sabed que cuando dejáis la oración y la santa misa por el servicio de los pobres, no*

*perdéis nada con ello, pues servir a los pobres es ir a Dios. Y debéis mirar a Dios en sus personas” (Conferencias, 4).*

Luisa de Marillac vela por la recta interpretación de estas palabras. Enseña a las hermanas a discernir entre las múltiples llamadas la verdadera urgencia. De vuelta a casa, se invita a las hermanas a dedicar algún tiempo a su formación personal: estudio del catecismo, lectura del evangelio. Mas, como la mayoría de las mujeres de su época, aquellas campesinas son analfabetas, Luisa se ingenia para enseñarles los rudimentos de la lectura y de la escritura, a fin de que puedan enseñar a otras y sean capaces de leer las notas que se les entregan, para poder servir mejor. Algunas se muestran rebeldes al aprendizaje de la escritura. Cuando en 1655 cada una de las hermanas firme el acta oficial de la fundación de la Compañía de las Hijas de la Caridad, varias de ellas pondrán una simple cruz o la primera letra de su nombre.

Si las hermanas “tienen algún tiempo de relajación”, según la expresión de Vicente de Paúl, lo emplean en un trabajo manual. Estas jóvenes conservan la costumbre de coser, de hilar como en sus chamizos. Realizan todo el trabajo doméstico dentro de la casa y no tienen criadas.

*“Recuerden que han nacido pobres, que deben vivir como pobres por amor al pobre de los pobres, Jesucristo nuestro Señor” (Doc. 248).*

Por la noche, a las nueve, las hermanas se reúnen para la oración en común y la preparación de la oración. El día termina como ha comenzado: con un acto de adoración a Dios.

Este primer reglamento es modificado y completado con el paso de los años, teniendo en cuenta los problemas encontrados. La llegada de jóvenes procedentes de la burguesía y de la nobleza, la vida en pequeñas comunidades de dos o tres hijas, lejos de París, requieren precisiones sobre el modo de vida.

*“Procurarán mantener la uniformidad en cuanto puedan en la forma de vivir, de vestir, de hablar, del servicio de los pobres y, particularmente, del peinado” (Doc. 681).*

Todas las hermanas, independientemente del origen social o regional, son iguales. Nada debe distinguirlas. El vestido de las campesinas de la Isla de Francia, que llevaban las primeras jóvenes que acudieron a servir a los pobres, es el de todas las Hijas de la Caridad.

El reglamento prosigue:

*“Si ahorran dinero, lo pondrán en la bolsa común, que servirá para proporcionarles ropa y remediar otras necesidades cuando llegue el momento”.*

Para algunas campesinas, poco habituadas a poseer dinero, fue grande la tentación de servirse de él para ellas mismas o para su familia. La experiencia hizo ver también los peligros a que podían estar expuestas aquellas jóvenes al ir por las calles y vivir en pleno mundo. Les es imprescindible una gran prudencia, aliada con la simplicidad:

*“No harán ninguna visita, fuera de las de los enfermos, y no permitirán que las hagan en sus casas, particularmente los hombres, a los que no consentirán que entren en sus habitaciones. Al ir por la calle, caminarán modestamente y con los ojos bajos, y no se detendrán para hablar con nadie, en particular con personas de otro sexo, a no ser que haya gran necesidad; aun entonces deberán cortar pronto y oportunamente”.*

El servicio prestado por las Hijas de la Caridad a los enfermos, a los niños y a los galeotes, pronto es conocido, apreciado y admirado. Vicente de Paúl y Luisa de Marillac escuchan muy frecuentemente alabanzas. El reglamento quiere ayudar a aquellas hermanas a no apropiarse personalmente estas alabanzas:

*“Recuerden que se les llama las servidoras de los pobres, que, según el mundo, es una de las condiciones más bajas, a fin de mantenerse siempre en la baja estima de sí mismas, rechazando prontamente el menor pensamiento de vanagloria que pudiera cruzar por su mente al oír hablar bien de sus ocupaciones, persuadiéndose de que a Dios es a quien le es debido todo el honor, puesto que él solo es su autor” (Doc. 682).*

El reglamento así revisado es sometido en 1655 a la aprobación del arzobispo de París, el cardenal de Retz, y del rey, Luis XIV, con la petición de reconocimiento de la Compañía por parte de la Iglesia y del Estado.

En julio de 1640, en el curso de una reunión con las Hijas de la Caridad, Vicente de Paúl habla con entusiasmo de los religiosos hospitalarios de Italia que, a los tres votos habituales, añaden el de servir a los pobres. La reacción de las hermanas es inmediata. ¿No podrían también ellas pronunciar tales votos?

Vicente de Paúl, sorprendido por la pregunta, reflexiona. Las Hijas de la Caridad no son “regulares”, es decir religiosas en sentido canónico, monjas de un claustro. Son “seglares”, o sea, personas que van y vienen por las calles, por los hospitales, para servir a los pobres y a los enfermos. No pueden pronunciar votos solemnes y públicos, que obligarían entonces a la clausura. Podrían, para manifestar su adhesión a Dios, hacer votos simples, privados, como puede hacerlos cualquier cristiano de acuerdo con su director de conciencia. Vicente de Paúl precisa que si una hermana deseara comprometerse con Dios con voto, debería hablar de ello a sus superiores.

La reflexión prosigue durante largos meses. El 25 de marzo de 1642, Luisa de Marillac y cuatro hermanas pronuncian durante la misa los primeros votos de Hijas de la Caridad: voto de pobreza, de castidad, de obediencia y de servicio a los pobres. En pos de ellas, otras hermanas ratifican también su compromiso en la Compañía. Estos votos son privados y temporales. Luisa explica toda la belleza de los votos anuales:

*“Es más agradable así que de otra manera, puesto que, disponiendo libremente de la voluntad al cabo del año, podéis volver a ofrecerla a Dios de nuevo” (E. 355).*

Los votos se renuevan todos los años en la fiesta de la Anunciación, porque María muestra el camino. Con su disponibilidad y su adhesión al designio de Dios, permitió que el Hijo de Dios se hiciera hombre, y de esta manera abrió el camino de la redención. En pos de María se

invita a cada una de las Hijas de la Caridad a entrar plenamente en la vocación recibida de Dios y a descubrir y reconocer a Cristo en todos aquellos con quienes se ponen en contacto.

## 5. Servidoras de los pobres

RÁPIDAMENTE, el grupo constituido en torno a Luisa de Marillac se fracciona en pequeñas comunidades. Dos o tres hermanas van a vivir en las diferentes parroquias de París: San Salvador, San Pablo, San Benito, San Esteban del Monte, San Germán de Auxerre... para estar más cerca de los pobres a los que sirven. Las Damas de las Cofradías de la Caridad se encargan de localizar la habitación en que se alojan las hermanas. Gracias a la renta otorgada por la duquesa de Aiguillon, Luisa de Marillac puede proporcionar el mobiliario, siempre muy sencillo. El trabajo manual realizado después del servicio a los enfermos les procura a las hermanas lo que precisan para vivir. Algunas hilan lana, otras hacen dulces, otras lavan la ropa. Un día, una hermana recién llegada y poco habituada a los lavaderos parisinos, cae al Sena; durante tres horas permanece sin sentido.

Luisa de Marillac visita regularmente estas pequeñas comunidades. Ve el servicio efectuado por las hermanas y las dificultades con que tropiezan. Se inquieta en el momento de las epidemias de peste, muy frecuentes en el siglo XVII. La higiene y la prevención de las enfermedades son muy rudimentarias. Se recomienda a las hermanas, antes de ir a visitar a los enfermos, ¡que se froten la nariz y las sienes con vinagre y que tomen un poco de electuario de Orvieto, droga preparada con cuerno de ciervo, polvo de serpiente, antimonio y algunas plantas! A pesar de estas precauciones, varias de estas hijas, campesinas poco habituadas al aire malsano de los tugurios y de las buhardillas superpobladas, caen enfermas y mueren rápidamente. Luisa se siente siempre profundamente afectada. Vicente de Paúl aporta su consuelo exaltando la belleza y la grandeza de la vocación de estas Servidoras de los Pobres.

*“Nuestro Señor ha querido llevarse a una de vuestras Hijas de la Caridad. Bendito sea por*

*siempre. Espero, Señorita, que se sienta muy dichosa, puesto que ha muerto en el ejercicio del divino amor, ya que ha muerto en el de la caridad” (Doc. 121).*

Las comunidades de las parroquias quedan bajo la dependencia de Luisa de Marillac y de Vicente de Paúl; mas para el trabajo cotidiano están en relación directa con las Damas de la Caridad. Algunas de estas desearían tener plena autoridad sobre estas jóvenes, a las que miran a veces como sus servidoras personales. La sra. de Chavenas, de la parroquia de San Gervasio, quería tomar a sueldo a las hermanas. Ellas, después de escuchar el consejo de Luisa de Marillac, rehúsan, deseosas de conservar enteramente su libertad ante las Damas de las Cofradías. Esta opción expresa también el sentido de su compromiso con los pobres: ellas “se dan a Dios y a los pobres”, les consagran su vida; no buscan un medio de subsistencia.

Al llegar a la parroquia, las hermanas van a visitar al párroco y a pedirle su bendición. En general, los sacerdotes de las parroquias estiman mucho la presencia de las Hijas de la Caridad y el servicio que prestan a los pobres. No obstante, a algunos les cuesta aceptar la autoridad de Vicente de Paúl y de Luisa de Marillac sobre sus nuevas feligresas. Los cambios de las hermanas son a veces fuente de tensión, especialmente en la parroquia de san Juan, donde el Párroco hace diligencias para que le devuelvan la hermana enviada a otra parroquia. El párroco de San Roque, molesto sin duda por la falta de consideración de una de las hermanas, se enfada y despide inmediatamente a toda la comunidad. En otras partes, algunos admiran la profunda vida espiritual que anima a estas jóvenes y pretenden convertirlas en religiosas. Luisa de Marillac no vacila en comunicar su asombro a la superiora de las benedictinas de Argenteuil, que se dispone a admitir en su monasterio a una hija que lleva sirviendo en las Cofradías ocho años.

*“No me atrevo a creer, Señora que se haya usted encargado de apartarla de su vocación, pues no puedo imaginar que quienes conocen su importancia, quieran intentar oponerse a los designios de Dios..., privando de socorros a unos*

*pobres abandonados que tienen toda clase de necesidades y que no pueden ser debidamente socorridos más que mediante el servicio de estas buenas jóvenes que, desprendiéndose de todo interés, se entregan a Dios para el servicio espiritual y temporal de esas pobres criaturas que su bondad desea tener entre sus miembros” (E. 19).*

Luisa de Marillac, solícita por cumplir la voluntad de Dios, vigila para mantener la originalidad de esta nueva forma de vida consagrada, a pesar de la extrañeza, y a veces de las reticencias, de algunas familias, miembros de la Iglesia o personas influyentes de la sociedad del siglo XVII. Vela también para que las hermanas vivan de acuerdo con el compromiso que han adquirido al hacerse Hijas de la Caridad.

A últimos de 1637 los lazaristas, a petición del cardenal Richelieu, primer ministro, se instalan en su ciudad recientemente construida en Turena. Comprobando la existencia de numerosos pobres enfermos carentes de socorros, M. Lambert, superior de los misioneros de Richelieu, desea que vayan dos hermanas de la Caridad. Luisa vacila mucho antes de enviar a dos hermanas tan lejos de París. ¿Cómo podrían tan aisladas, permanecer fieles a su vocación? ¿Quién las sostendría en su andadura espiritual y las aconsejaría en sus dificultades cotidianas? Vicente de Paúl, aunque preocupado por responder a la petición del sr. Lambert, da largas sin embargo. De nuevo insiste ante Luisa unos meses más tarde:

*“La Caridad de Richelieu ciertamente tiene ahora necesidad de nuestra hermana Bárbara, debido a la cantidad de enfermos que hay. ¿Qué le parece, Señorita, si se la enviara a asistir a esas buenas gentes tan necesitadas? No son enfermedades contagiosas” (Doc. 212).*

El corazón de Luisa de Marillac no puede permanecer más tiempo sordo a la llamada de los pobres. El 1 de octubre se organiza el viaje de las dos hermanas. Tomarán la diligencia que va hasta Tours, y luego buscarán un barquero que las lleve “en diligencia acuática” hasta el pequeño puerto de Ablevois. Allí alquilarán un carro o un jumento para recorrer los cuarenta

kilómetros restantes y llegar a Richelieu. Se les hacen recomendaciones precisas para este largo viaje:

*“Que lleven algún librito para leer a ratos, y otros que reciten el rosario; que tomen parte en las conversaciones que se hagan sobre Dios, pero de ningún modo en las del mundo, y menos aún en las de los mozos, y que sean rocas contra las familiaridades que algún hombre pudiera emplear con ellas” (Doc. 221).*

En Richelieu, el sr. Lambert recibe a las dos hermanas y les enseña la pequeña ciudad y los pobres que las esperan. Durante los primeros meses, Bárbara Angiboust y Luisa Ganset realizan maravillas para aliviar a los enfermos e instruir a las niñas. A las dos hermanas les resulta difícil vivir juntas. Su desacuerdo se exterioriza y repercute en su servicio. Apenada por ver a los pobres abandonados y mal cuidados, Luisa escribe a las dos hermanas invitándolas a reflexionar sobre su proceder. A Bárbara, demasiado autoritaria, se le exhorta a contemplar la dulzura y la caridad de Jesucristo. Luisa, demasiado independiente, debe recordar que ha escogido, al hacerse Hija de la Caridad, imitar la vida humilde y obediente del Hijo de Dios. El paso de Vicente de Paúl por Richelieu algún tiempo después ayuda también a las dos hermanas a dominarse. El 1 de febrero de 1640, una nueva carta de Luisa de Marillac expresa el gozo de saberlas reconciliadas y les desea el coraje de ser siempre fieles a su vocación de servidoras de Cristo y de los pobres.

Este primer envío lejos de París irá seguido de otros muchos. Sedán y Nanteuil (1641), Fontenayaux-Roses (1642), Serqueux, Maule y Crespières (1645), Fontainebleau (1646), Chantilly, Chars y Montmirail (1647), Valpuseaux y Dourdan (1648), Brienne et Varize (1652), Bernay y La RocheGuyon (654), Sainte-Marie-du-Mont (1655), Arras (1656), Saint-Fargeau (1657), Ussel (1658), Vauxle-Vicomte (1659), Belle-Ile-en-Mer (1660), tendrán su Caridad parroquial. Se entabla una correspondencia regular entre estas lejanas comunidades y la casa madre de París. Las numerosas cartas que se han conservado revelan la atención que Luisa de Marillac

dedica a cada una en todas las dimensiones de su ser de mujer consagrada a Dios.

En los pueblos, villas y dondequiera que se encuentran, las Hijas de la Caridad, además del cuidado de los enfermos, ejercen una acción educativa entre los niños, empleados desde su más tierna infancia en los trabajos de los campos o en guardar los rebaños.

Esta acción entra, de una manera muy modesta, en el movimiento suscitado por el concilio de Trento (1545-1563) para intentar poner freno a los progresos del protestantismo. Lutero, al reconocer como fuente única de la fe a la sagrada Escritura, concedía una importancia capital a la escritura. Desde 1524 trazó un programa de educación con fin social y religioso: *“Se necesitan en todos los lugares escuelas para nuestros chicas y chicos, a fin de que el hombre sea capaz de ejercer convenientemente su profesión y la mujer de dirigir su hogar y de educar cristianamente a sus hijos” (Lutero, Libellus de instituendis pueris)*. Los Padres del Concilio, después de definir los puntos doctrinales, se colocarán en el terreno mismo de los protestantes. Piden a los obispos que anuncien la palabra de Dios en las iglesias por sí mismos o por medio de otros. Formulan el decreto siguiente en el curso de la sesión 24 (noviembre de 1553):

*“Que, en cada parroquia, se enseñe a los niños, al menos los domingos y los días de fiesta, los principios de la fe y las obligaciones de la vida cristiana”.*

Se multiplican las escuelas para asegurar la formación cristiana de niños y jóvenes. Se amplían las de los jesuitas y ursulinas. Se fundan nuevas congregaciones para la instrucción de las jóvenes: la de Pierre Fourier y de Alix Le Clerc en el este de Francia; la de Jeanne de Lestonnac en Burdeos. En algunos pueblos se habilita a los maestros para recibir chicos. Su tarea es frecuentemente difícil, pues la instrucción del pueblo es vista a veces como peligrosa. Richelieu, en su testamento político, advierte el peligro que se seguiría de un “conocimiento de las letras” por todos: la agricultura se arruinaría, el ejército sería ingobernable, Fran-

cia estaría llena de trapaceros y desaparecería la tranquilidad pública.

Luisa de Marillac, igual que Vicente de Paúl, sabe hasta qué punto la ignorancia sume al pobre en la pobreza. Cuando visitaba las Cofradías de la Caridad, su atención se centraba rápidamente en las niñas pobres sin instrucción alguna. Dedicaba tiempo a instruir las, y antes de irse buscaba una maestra que prosiguiera sobre el terreno el trabajo comenzado.

En las diferentes parroquias a las que son enviadas, las Hijas de la Caridad se hacen cargo de todas las niñas que son desatendidas. Ellas no pueden ir a las escuelas de pago de las ursulinas porque son pobres. Las escuelas de los pueblos no pueden acogerlas; las disposiciones de los obispos y del rey prohíben la coeducación.

La instrucción dada por las Hijas de la Caridad responde a las preocupaciones de la época. Su objetivo primero es la educación cristiana. Luisa compone un catecismo para ayudar a las hermanas. Las preguntas y respuestas, sencillas y adaptadas a los niños, descubren la espiritualidad de Luisa de Marillac, fuertemente marcada por la encarnación:

¿Cuál es la señal del cristiano? – La señal de la cruz.

¿Qué representa la señal de la cruz?

- Un solo Dios en tres personas, y la encarnación y muerte del hijo de Dios.

¿Qué es el misterio de la encarnación?

- El misterio de la encarnación es la segunda persona de la Santísima Trinidad, que tomó carne humana en el vientre de la Virgen santísima.

A propósito de la oración del padrenuestro, Luisa, que conoce bien a los niños, interroga:

¿Cómo hay que orar?

- Hay que hacerlo despacio, sin volver la cabeza a un lado y a otro y sin pensar en ninguna otra cosa que en Dios.

Además del catecismo, las niñas aprenden a leer, a coser y hacer encaje. No parece que se enseñe a escribir. En esto se sigue el uso de la época.

*“No creo que sea conveniente que las niñas aprendan a escribir”, escribe Luisa de Marillac hablando de los niños expósitos” (E. 216).*

Luisa sabe que, para enseñar a los demás, es preciso primero formarse uno mismo. Las Reglas de la maestra de escuela precisan desde el segundo artículo:

*“Tendrá mucho cuidado de aprender bien ella misma lo que ha de enseñar a los demás, particularmente lo concerniente a las materias de la fe y de las costumbres”*

Algunas Hijas de la Caridad han ido a las ursulinas a adquirir una formación pedagógica más amplia, formación que luego transmiten a las otras hermanas.

Luisa de Marillac multiplica los consejos a las hermanas encargadas de las escuelas menores. La comprensión de lo que se enseña es más importante que el cúmulo de conocimientos. Una cabeza bien hecha es preferible a una cabeza muy llena, decía Montaigne.

*“La maestra de escuela las instruirá en el catecismo, procediendo de manera que entiendan bien lo que responden, haciéndoles a este respecto diversas preguntas familiares, además de las seis principales señaladas en la lección de catecismo, y en términos distintos de los consignados en el libro”.*

En el siglo XVII, los castigos corporales son una costumbre frecuente. También existen en las escuelas de las Hijas de la Caridad. No obstante, esos castigos han de respetar al niño:

*“No los azotará sino muy raramente y por faltas notables, y sólo con cinco o seis golpes, haciendo que para ello se retiren a un rincón de la escuela fuera de la vista de los demás”.*

Cuando, en Chars, el cura de la parroquia pide a las hermanas que azoten públicamente a una niña, éstas se oponen. El enojo del párroco es tal que niega la comunión a las hermanas. Luego, se las obligará a dejar la parroquia.

Luisa de Marillac pide a cada Hija de la Caridad que atienda a cualquier joven que llegue a ella, pero también que busque a aquellos de los que no se ocupa nadie. El artículo IV de las Reglas de la maestra de escuela estipula:

*“Tendrá tanto o más cuidado de instruir a las que no pueden ir nunca a la escuela, como son: las pastoras, las vaqueras y otras que guardan animales, cogiendo a unas y otras en el tiempo y lugar en que las encuentren, no sólo en los pueblos, sino también en el campo, y de camino”.*

Todo niño tiene derecho a la instrucción. Hay que ir a él allí donde esté, respetando su “originalidad”. Luisa invita a las hermanas a tener con todos esos niños una relación llena de delicada bondad y de sencillez.

*“Es preciso hacer esto suavemente y despacio, sin reprocharles su ignorancia”, recomienda Luisa para la instrucción de las niñas mayores (E. 629).*

## 6. Con los niños expósitos

LA EDUCACIÓN de los niños expósitos es para Luisa de Marillac tan importante como la de las niñas del campo. Abandonados por su madre, despreciados por la sociedad, que no ve en ellos más que “hijos de pecado”, cada año son depositados en los pórticos de las iglesias o abandonados en las calles de París de trescientos a cuatrocientos bebés. Son recogidos más o menos rápidamente por los comisarios de los barrios y conducidos a una casa llamada la Couche, para ser allí alimentados y criados. Pero, explica el mismo Vicente de Paúl a las Damas de la Caridad, “esas pobres criaturas están mal asistidas... Desde hace cincuenta años no se encuentra una sola con vida”. Las amas de cría no son lo bastante numerosas: una sola para cuatro o cinco niños. Por la noche, para impedir sus gritos, se les da píldoras de láudano. Algunos de esos niños son vendidos a “mendigos”, que les rompen los

brazos o las piernas para mover a compasión a los transeúntes. Otros son confiados a mujeres que tienen necesidad de ser reconocidas como madres. Todo este tráfico de niños permite paliar la falta de recursos de la Couche.

Es difícil saber de quién fue la iniciativa de la obra de los niños expósitos. Vicente de Paúl, Luisa de Marillac y las Damas de la Caridad reflexionan juntos sobre la miseria de todos esos niños. En el curso de varias reuniones se buscan soluciones. ¿Hay que hacerse cargo de la casa de la Couche o hay que aportar fondos para pagar a más amas de cría? El 1 de enero de 1638, Vicente de Paúl trasmite la decisión tomada en la última reunión, en la que Luisa no ha podido participar:

*“Se ha acordado en la última reunión que se le rogaría a usted que haga una prueba con los niños expósitos; si hay posibilidad de alimentarles con leche de vaca y comprar dos o tres con este fin. He tenido el consuelo de que la Providencia se dirija a usted para esto” (Doc. 187).*

Así comienza lo que mucho más tarde será la Asistencia pública de París. Poco después de esta carta son recogidos algunos niños expósitos en la casa madre de las Hijas de la Caridad en el pueblo de la Chapelle. Como este primer ensayo resultó muy positivo, se admiten otros niños. En 1640, una asamblea extraordinaria de las Damas de la Caridad decide ampliar la obra a todos los niños expósitos de París. Su número incita a Luisa a organizar un lugar en el campo para amas de cría. Se escoge cuidadosamente a los padres nutricios; han de ser personas conocidas. El 30 de marzo de 1640, Luisa comienza el cuaderno de los niños confiados para su crianza:

*“El 30 de marzo de 1640, en Villers, llamado Santo Sepulcro, se ha dado, para criarla, a una niña, llamada Simonée, a María Parsin, mujer de Jacques Prévault. El mismo día se ha entregado para criarla a una niña, llamada Magdalena Lebón, a Tomasa Patricia, mujer de Dionisio, carnicero, que vive en Drinville, cerca de Montfort-1’Amaury... El 17 de abril, en Châtre, junto a Montlhéry, se ha confiado, para criarlos, a dos niños: una es Charlotte-Catalina, a*

*Mathurine Piquet, mujer de Cristóbal Carretier; el segundo es Francisco Paturge, entregado a Margarita de Landres, mujer de Nicolás Felipe; ambos viven en Châtre” (Doc. 271).*

Las nodrizas reciben una indemnización mensual de cien libras para pagar el mantenimiento. Son visitadas regularmente para asegurarse del estado de salud del niño y de la educación recibida. De las visitas se encargan las Damas o las Hijas de la Caridad. Durante el turbulento período de la Fronda, Vicente de Paúl enviará a un hermano de la Congregación de la Misión, por ser poco seguros los caminos, para dejar que se aventuraran por ellos mujeres.

Los primeros siete años, las Hijas de la Caridad reciben unos mil doscientos niños. Gracias a sus cuidados maternos y a una buena alimentación lograrán sobrevivir cerca de la mitad de los niños. Las Damas de la Caridad se encargan de buscar un lugar más amplio para alojarlos y realizan gestiones para obtener el usufructo del “Castillo de Bicêtre”, vasto edificio construido bajo Luis XIII para albergar a los soldados inválidos. El edificio está inutilizado; se ha convertido en guarida de mendigos y prostitutas. Luisa de Marillac se muestra muy reticente al principio por la reputación del lugar, su distancia de la casa madre y lo ingente de la construcción. Las Damas de la Caridad insisten en su proyecto, y, en julio de 1647, se instala a los niños expósitos en Bicêtre con una decena de hermanas. Inmediatamente Luisa se percata de que no se ha previsto nada para la escuela.

*“Nuestras Damas no han pensado en disponer un lugar para escuela; nosotras hemos visto uno abajo, que sería muy a propósito para los niños, a los que hay que separar de las niñas, y parece que sólo hay que arreglar la puerta y cerrar las ventanas; y el de las niñas, se hará arriba. Me gustaría que tuviéramos letreros alfabéticos; los colocaremos en las paredes; es el método de las ursulinas en algún lugar” (F\_. 216).*

Los niños expósitos tienen derecho, como cualquier otro niño, a recibir instrucción; esa será ciertamente su única riqueza cuando hayan de

afrontar el mundo adulto, poco proclive a aceptarlos.

La obra de los niños expósitos tropieza con numerosas dificultades. La primera procede de las mismas Hijas de la Caridad que, a pesar suyo, están impregnadas de la mentalidad de la época. Una hermana explica a Vicente de Paúl: “Estos niños, que son concebidos en pecado, representan una planta muy espinosa”.

Algo más tarde se difundirá en la comunidad el rumor de que ser enviada a los niños expósitos es un castigo, y que las hermanas incapaces o desagradables son mantenidas en Bicêtre como en una prisión. A petición de Luisa de Marillac, Vicente de Paúl interviene varias veces para rectificar aquellos prejuicios y mostrar la grandeza del servicio prestado a aquellos pequeños, que pertenecen a Dios de una manera muy particular, puesto que no tienen en la tierra padre ni madre.

Otras dificultades surgen en 1649, durante la Guerra civil de la Fronda. Los recursos disminuyen; en gran parte provienen de las donaciones de las Damas de la Caridad. La renta establecida en 1642 por Luis XIII sobre la propiedad de Gonesse ha sido trasferida, después de la muerte del rey y del rescate de la propiedad por el mariscal d’Estrées, a les Tailles de París. Esta renta se paga irremediablemente. Además el abastecimiento se ha vuelto más difícil en este período turbulento: no se ha podido sembrar y los soldados lo saquean todo a su paso. En noviembre de 1649, Luisa de Marillac lanza un grito de alarma: no hay dinero para los niños. Falta ropa blanca, el trigo es tan caro que resulta imposible comprarlo; algunos padres nutricios devuelven a los niños porque desde hace varios meses no se les paga. Luisa de Marillac suplica a Vicente de Paúl que intervenga con las Damas de la Caridad, a las que juzga muy severamente:

*“Es una lástima que las Damas se molesten tan poco: es preciso que crean o que nosotras tenemos con qué subsistir o que deseen forzarnos a dejarlo todo” (E. 300).*

No pudiendo resolverse a ver sufrir a aquellos niños, Luisa propone visitar a personas

influyentes: la princesa de Condé, el primer presidente... Escribe una carta desgarradora al canciller Seguir, suplicándole que dé pan a los niños para la fiesta de Navidad. Vicente de Paúl, conmovido también personalmente por la desgracia de los niños, convoca una asamblea de Damas de la Caridad. Inmediatamente Luisa prepara una memoria sobre la situación actual de la obra. Es posible que este texto sirviera de guión de la célebre intervención de Vicente de Paúl.

Este vibrante alegato abre los corazones y los bolsillos: la obra continuará. Durante toda su vida, Luisa vibra intensamente ante el sufrimiento de estos niños que jamás conocerán a su madre, sufrimiento que ella ha conocido personalmente y que la ha marcado en profundidad.

## 7. En los hospitales

A FINALES de noviembre de 1639, Luisa de Marillac emprende un largo viaje. No volverá a París hasta febrero de 1640. Va a Angers a llevar a tres Hijas de la Caridad solicitadas para cuidar a los enfermos del hospital. Este servicio dentro de un centro es nuevo para la joven comunidad, que hasta entonces visitaba a los enfermos en su domicilio. La sra. Goussault, presidenta de las Damas de la Caridad de París, deseaba que las hermanas fueran a Angers, pues había podido comprobar el desorden que reinaba en el hospital, porque tenía una propiedad en Bourgneuf, a unos kilómetros de esta ciudad. Una solicitud, dirigida al rey por los concejales de Angers al principio del año, señala que “los enfermos están privados de todo socorro”. Estos enfermos abandonados, que no reciben cuidado alguno (es preciso llevar el alimento del exterior), y sin ninguna asistencia espiritual durante su enfermedad y en el momento de la muerte, son para Vicente de Paúl y Luisa de Marillac pobres que llaman. Son los “señores”, a los que es preciso ir. El pobre es el inspirador del servicio.

Luisa de Marillac llega a Angers el 5 de diciembre. La duración del viaje y el mal tiempo han agravado la bronquitis que arrastra desde antes de su partida. El sr. cura de Vaux, vicario general, la acoge en su casa con gran

benevolencia. Entre ellos se establecerán unas relaciones respetuosas y de amistad a la vez. El sr. cura de Vaux será para las hermanas un consejero seguro y un director espiritual vigilante. Las tres hermanas ponen inmediatamente manos a la obra. En la gran sala del hospital (transformada actualmente en museo) se colocan cien camas en seis filas. Una epidemia de peste obliga a acostar dos o tres enfermos en un lecho. Luisa de Marillac, que comprueba la ingente tarea de las hermanas solicita con urgencia de Vicente de Paúl el envío de otras tres hermanas. Margarita François no resiste a la fatiga y al contagio; fallece unas semanas después de su llegada.

Apenas le es posible, Luisa de Marillac se reúne con los Padres de los pobres, como se llamaba a los administradores de los hospitales. Estos desean que conste en acta la llegada de las hermanas al hospital. Todas las partes la firman el 1 de febrero de 1640. Los administradores piden también que se precise en un contrato los poderes de los superiores de París, los de los administradores y el servicio pedido a las hermanas. Se entabla una larga discusión sobre los diferentes artículos, discusión que prosigue por correo después de la vuelta de Luisa a París. El contrato no se firma hasta marzo de 1641; su registro en el senescalado de Angers le confiere carácter oficial. Los administradores aceptan la dirección espiritual del superior general de la Congregación de la Misión y conceden a las hermanas libertad para vivir según su Regla. En lo que concierne al servicio de los enfermos y al gobierno del hospital, las hermanas están bajo la dependencia de los administradores. Este primer contrato hospitalario servirá de base a los establecidos luego en Saint-Denis, Nantes, Hennebont, Châteaudun... Un artículo, que actualmente puede sorprender, precisa que “las mencionadas hijas tendrán solas y sin que se les pueda asociar ninguna mujer joven, el cargo de los dichos pobres, a fin de que mediante la unión y relación entre ellas, los pobres sean mejor servidos”. En los hospitales había mujeres dedicadas al servicio de los enfermos; la mayoría de las veces se alojaban y alimentaban en ellos; algunas pagaban cierta cantidad para obtener permanecer en el hospital hasta su muerte. Al no tener ya

preocupaciones financieras, estas servidoras descuidaban poco a poco su trabajo. A1 precisar que las hermanas estarían solas en el servicio de los enfermos, Vicente de Paúl y Luisa de Marillac quieren evitar toda confusión entre estas sirvientes retribuidas y las Hijas de la Caridad, cuya forma de vida y vocación son aún poco conocidas. Es una manera de asegurar la fidelidad a la misión confiada y la cohesión de la pequeña comunidad hospitalaria. Este artículo será con frecuencia fuente de dificultades, ya que se pide a las antiguas sirvientas que abandonen el hospital. En Angers, Luisa de Marillac vela para que se les encuentre una situación decente en otro sitio. En cambio en Mans las servidoras, enteradas de la próxima llegada de las Hijas de la Caridad, rehúsan cualquier modificación en el funcionamiento del hospital. A pesar de los esfuerzos desplegados por los lazaristas, padres espirituales del hospital, las hermanas no pueden entrar en él. Después de tres semanas de espera, han de renunciar a ello y se vuelven a París. En Montreuil-sur-Mer, las antiguas servidoras permanecen en el lugar; la colaboración resulta tan difícil que Vicente de Paúl llama a las hermanas tres años después de su llegada.

Antes de partir para Angers, las hermanas han recibido de manos de Vicente de Paúl su “reglamento de vida”, que precisa el sentido que deben dar a su trabajo en el hospital y las medidas que ha de tomar para realizarlo bien:

*“La primera cosa que nuestro Señor pide de ellas es que lo amen soberanamente y que todas sus acciones sean por amor a él; y la segunda que se quieran unas a otras como hermanas a las que él ha unido con el lazo de su amor y a los pobres, como sus señores, puesto que nuestro Señor está en ellos y ellos en nuestro Señor” (Doc. 247).*

La relación de la Hija de la Caridad con el pobre y con el enfermo es una relación de servidora con señor. En el siglo XVII, los campesinos, los jóvenes y mujeres de la clase pobre tienen en general una actitud de respeto y de obediencia para con el propietario del castillo del que dependen sus granjas. Vicente y Luisa adoptan estas actitudes, pero invirtiéndolas. Las hermanas han de respetar y servir a los que

habitualmente no son considerados, a los que Jesucristo reconoce como sus hermanos. Ellos se convierten para toda Hija de la Caridad en “sus señores y amos”. El hospital del siglo XVII acoge a toda suerte de mendigos y vagabundos, a los que no tienen techo ni a nadie que los cuide durante sus enfermedades. Estos hombres y mujeres son frecuentemente rudos, “sucios y chillones”. Detrás de esta áspera corteza, las Hijas de la Caridad son invitadas a ver la grandeza de todo ser humano. Luisa de Marillac recuerda constantemente en sus cartas la importancia de esta mirada valorizadora. Solamente respetando la dignidad del pobre es posible hacer que recobre el sentido de la vida.

*“Mis queridas hermanas, sed muy afables y dulces con vuestros pobres; sabéis que ellos son nuestros amos y que es preciso amarlos tiernamente y respetarlos mucho. No basta con que estas máximas estén en nuestro espíritu; es preciso que demos testimonio de ellas con nuestros cuidados caritativos y dulces” (E. 319).*

Luisa de Marillac enseña a las hermanas gestos sencillos, pero que traducen el respeto debido al amo. El siglo XX ve en ellos cuidados de higiene elemental, pero en el siglo XVII esos gestos eran inusitados entre los pobres.

*“Os ruego que no se deje nunca de lavar los pies de los enfermos que entran, que se les lave la ropa y se los trate con gran dulzura y caridad: vuestra obligación es que tengan los remedios y el alimento a tiempo” (E. 290).*

*“No sé si tenéis la costumbre de lavar las manos de los pobres; si no lo hacéis, os ruego que os acostumbréis a ello” (E. 329).*

A las hermanas del hospital de Nantes, Luisa les recuerda la importancia de “tener a los enfermos bien limpios” y de dar a cada uno una servilleta personal.

El respeto no puede limitarse al aspecto corporal y material. Hay que tener en cuenta toda la dimensión espiritual del ser humano; es lo que Luisa de Marillac y Vicente de Paúl llaman el “servicio espiritual de los pobres”. Las Hijas de la Caridad, con su comportamiento y

sus palabras, revelan a Jesucristo. Para ellas, trabajar en la humanidad de los pobres es trabajar en su evangelización. Cristo redentor le descubre al hombre la sublimidad de su vocación y el sentido de su existencia en el mundo (cf *“El redentor del hombre”*, Juan Pablo II).

## 8. Un período de crisis

BAJO el impulso y la dirección de Luisa de Marillac se constituye y desarrolla la Compañía de las Hijas de la Caridad. En 1647 la comunidad cuenta entre ciento veinte y ciento cincuenta hermanas, y se ha implantado en unas cincuenta casas, la mitad de ellas aproximadamente fuera de París. Las cifras son aproximativas, pues no se ha conservado ningún registro de la época. ¿Existieron siquiera? El primero parece haber sido el comenzado después de la muerte de Luisa de Marillac por Mathurine Guérin, nombrada superiora general en 1667.

En 1646-1647 la Compañía atraviesa un período difícil, que desconcierta al conjunto de las hermanas e inquieta a Luisa de Marillac. ¿Crisis de adolescencia, purificación, toma de conciencia de la originalidad de esta Compañía y de sus exigencias?

La crisis no sobreviene de repente. Desde finales del año 1645 algunos signos precursores revelan que la llamada que animaba a las primeras hermanas se debilita. Algunas rehúsan dejar su parroquia cuando se les pide, otras impugnan a su hermana servidora, la superiora local. Se escuchan murmullos y críticas: ¿por qué vivir tan pobremente?; ¿no se puede buscar un poco más de bienestar? Los mismos pobres no son ya servidos con el mismo amor. Preocupada por ayudar a las hermanas a superar las dificultades cotidianas, Luisa de Marillac sugiere a Vicente de Paúl que intervenga. Su conferencia del 13 de febrero de 1646 permite a buen número de hermanas reflexionar sobre su vocación y mirar mejor cara a cara lo que puede perjudicar a su fidelidad a Dios y a los pobres. A pesar de ello, el malestar se adueña de las casas lejanas. Algunas hermanas dejan la Compañía de las Hijas de la Caridad. Mathurine

Guérin, que fue secretaria de Luisa de Marillac durante siete años, observa en 1661: “Salía tal número de hermanas que parecía que Dios quería vaciar la casa” (Doc. 949). En dieciocho meses, la Compañía ve desaparecer al menos la sexta parte de sus miembros. Algunas de aquellas hermanas son “antiguas”: han pasado cinco, ocho o diez años en esta comunidad. Luisa de Marillac se inquieta y culpabiliza. ¿No tiene ella la culpa de todo aquello?

*“La hermana María se ha marchado y se ha alejado de nosotras, y la gran Ana de Richelieu, apenas ha visto que se lo queríamos impedir, se escapó; ha sido ayer. Pero no sabemos adónde ha ido. Vea, monseñor, la necesidad que tenemos de la ayuda de vuestras santas oraciones, y particularmente yo, que soy la causa de todos estos males, de los que os ruego que pidáis perdón a Dios por mí”.*

Conociendo el desconcierto de las hermanas, Luisa se esfuerza en animarlas y sostenerlas. Sus cartas invitan a la reflexión personal y comunitaria. Pero Luisa, atenazada por un profundo sufrimiento, deja escapar vivos reproches:

*“¿Qué hemos dado nosotras, tierra ingrata? Nada más que insatisfacciones, tierra ingrata, con nuestras infidelidades a Dios... A veces algún miembro de la Compañía se ha separado de ella o ha cometido graves faltas contra su vocación; a veces el cuerpo entero ha degenerado; ¡todas somos unas necias! Parece que los avisos que Dios nos ha enviado no han servido más que para dar palos en el aire” (E. 196).*

En esta carta a las hermanas de Nantes, que pasan por graves conflictos comunitarios, Luisa repite que todo ello es culpa suya; que la causa de ellos son sus malos ejemplos. ¿Va a sumirse Luisa de nuevo en aquel estado depresivo por el que pasó en el momento de la muerte de su marido? Inquietudes, angustias, culpabilidad invaden de nuevo su alma.

*“Sólo Dios sabe el estado de mi pobre espíritu por todos estos desórdenes, pues parece que nuestro buen Dios quiere destruirnos del todo. Me lo merezco, y me sorprende que su justicia tarde tanto en ejercerse. Con tal de que su*

*misericordia salve mi alma me doy por satisfecha” (E. 203).*

Por otra parte, Luisa de Marillac está profundamente afligida por el comportamiento de su hijo. Ella había deseado siempre que fuera sacerdote. Durante varios años Miguel había seguido en el colegio de los jesuitas los cursos de teología. Mas un día, en un momento de cólera, le declaró a su madre que prefería suicidarse a ser sacerdote. Luisa, bajo la impresión, se desvaneció. En diciembre de 1644 desaparecía Miguel. Habrá que esperar varios meses para descubrir que se ha ido con la hija de un comerciante de vinos. Cuando los encuentran, los dos jóvenes son conducidos a París: Miguel a San Lázaro, y la chica al monasterio de la Magdalena para las muchachas penitentes. Las relaciones entre madre e hijo siguen siendo tensas. Nuevamente una aventura amorosa lleva a Miguel lejos de París. El dolor de Luisa llega al colmo; sin duda se ve exacerbado por todos los sufrimientos de su infancia. ¿No ve en su hijo Miguel, de treinta y dos años, la imagen de su propio padre, que a la misma edad la concibió fuera del matrimonio? ¿No teme en lo más hondo de su ser que Miguel traiga al mundo un hijo que correría el riesgo de encontrar, como ella, el sufrimiento a lo largo de toda su vida?

Todo ello parece abatir a Luisa. Vicente de Paúl está a su lado. Prudentemente, serenamente, le muestra a Luisa que lo que ocurre en la Compañía de las Hijas de la Caridad es algo normal; algo que ocurre en todas las comunidades; algo que le ocurrió al mismo Jesucristo:

“Bendigamos a Dios, Señorita, porque purga a la compañía de sujetos de esa clase, y honremos la disposición de nuestro Señor cuando sus discípulos le abandonan. Él decía a los que se quedaban: «¿También vosotros queréis iros»” (Doc. 483).

Para intentar estabilizar a Miguel, Vicente de Paúl le confía el cargo de baile, oficial de justicia, en los dominios de San Lázaro. Algunas amigas de Luisa, la sra. de Romilly y la duquesa de Aiguillon, le buscan una mujer a Miguel. Puestas en contacto con la familia Portier, esta

lo rechaza, porque el padre sueña con un buen partido para su hija, y Miguel no tiene fortuna personal. En noviembre de 1649, el señor de Chennevières acepta la unión de su hija, Gabriela Le Clerc, con Miguel Le Gras. El matrimonio se celebra el 18 de enero de 1650. Favorecida, sostenida y estimulada también por su fe profunda, Luisa comprende y acepta con más serenidad los desgarrones de todo crecimiento. La supervivencia de la Compañía, después de todos los sobresaltos, es una prueba de que Dios vela por ella. El nacimiento de su nieta Luisa-Renée regocija su corazón de abuela. Estos largos meses de noche, de sufrimiento, han cincelado su alma. Luisa sale de la prueba fortalecida, convencida del amor de Dios a ella y a la Compañía. El 24 de agosto (hacia 1650), víspera de la fiesta de su santo patrón, le confirma a Vicente de Paúl que la paz ha vuelto a aposentarse en su corazón:

*“Mi corazón está aún totalmente lleno de alegría por la inteligencia que me parece nuestro buen Dios le ha dado de estas palabras: «Dios es mi Dios»” (E. 340).*

Luisa de Marillac, extasiada ante estas palabras: “Dios es mi Dios”, reconoce los pasos de Dios hacia ella. Sabe con certeza que Dios la ama con un amor inconmensurable. No puede callar la alegría que siente ante el don de Dios a la humanidad en la persona de Jesucristo, ese Jesús al que sirve cada día en la persona de los pobres; ese Jesús con el que le es dado comulgar en la eucaristía.

A pesar de sus largas y frecuentes enfermedades, Luisa de Marillac continúa su tarea de educadora de las hermanas y de apoyo de su compromiso en nuevas formas de servicio.

## **9. En los campos de batalla**

Si en 1638 Luisa Marillac temía enviar a Richelieu hermanas poco formadas todavía, después de 1650 no vacila en dejar partir a algunas hermanas a regiones devastadas por la guerra, a los campos de batalla e incluso a Polonia. Después del tratado de Westfalia (1648), que debilitó de manera duradera a la casa de Austria, Mazarino decide proseguir la

guerra contra España. Durante nueve años los combates causan estragos en la región del Marne y de las Ardenas, extendiéndose hasta Dunkerque. El año 1650 es desastroso para Rethel y sus alrededores; caída en manos de los españoles, la ciudad es recuperada el 15 de diciembre por el ejército francés. Los concejales de Rethel, en una petición a Vicente de Paúl, describen el horrible espectáculo que ofrece su región: los soldados lo han saqueado y destruido todo, han violado a las mujeres y asesinado a los habitantes. Más de mil quinientos muertos yacen sin sepultura. Los supervivientes se encuentran en “una necesidad tan horrible que resulta imposible describirla”. El hambre acosa de tal modo a los pobres que “comen hierba como los animales y devoran los perros y los caballos muertos, y es de temer que desentierren los cuerpos muertos” (Coste IV, 195). Desde principios del año 1651 se envía a sacerdotes de la Misión. El trabajo es inmenso; las hermanas se diseminan por las diferentes aldeas, encontrándose a menudo solas a varios kilómetros unas de otras. Luisa de Marillac desearía tener noticias frecuentes de ellas, pero las hermanas apenas tienen tiempo de escribir. Las cartas de París llegan regularmente llenas de solicitud:

*“Todas nuestras hermanas alaban a Dios por el valor que su bondad os da para que sirváis a esos pobres desgraciados. Mi querida hermana, ¡qué gracia haber sido escogida para esta ocupación! Es cierto que es sumamente penosa, pero en esto la gracia de Dios se manifiesta más grande en vosotras” (E. 353).*

En septiembre de 1653, Ana de Austria y el rey, de quince años, están en Châlons-sur-Marne en el momento en que el ejército real comienza el sitio de Sainte-Menehould. La batalla es encarnizada y los heridos muy numerosos. La reina, comprobando su deplorable estado (se encuentran las más de las veces sin socorro ni consuelo alguno), apela a Vicente de Paúl. Rápidamente se decide el envío de cuatro Hijas de la Caridad; Luisa las ha escogido con cuidado. Ana Hardemont y Bárbara Angiboust, de cuarenta años, son mujeres sólidas, prudentes y capaces de hacer frente a situaciones inéditas. Perrette Chefdeville y María Poulet hace varios años que están en la

Compañía. ¿Cómo se enfrentarán las hermanas con todos aquellos hombres endurecidos por la ruda vida que llevan? Luisa las invita “a no dejar que el espíritu se disipe demasiado con las diversas conversaciones que pueden escuchar al tener que encontrarse entre gente de todas clases” (E. 431). Como a todos los que cuidan, las hermanas han de tratar a los soldados con “espíritu de dulzura y de compasión muy grandes, para imitar a Nuestro Señor, que procedía así con los más importunos” (E. 433). Dos hermanas van incluso al lugar mismo de la batalla; Ana es herida al acudir en socorro de un moribundo.

Los soldados heridos en Sainte-Menehould apreciaron grandemente los cuidados de las Hijas de la Caridad. La reina manda que las pidan en cada nueva gran batalla: en julio de 1654 van cuatro hermanas a Sedán durante el sitio de Stenay; en 1656 parten otras dos al hospital de La Fère, que recibe numerosos heridos, pues el ejército francés acaba de sufrir una derrota en Valenciennes y se repliega. En 1657 las hermanas se encuentran en los alrededores de Montmédy, y en 1658 en Calais, en el momento de la batalla de las Dunas, cerca de Dunquerque. Las cuatro hermanas se contaminan rápidamente de la epidemia de “peste” que hace estragos entre los numerosos heridos. Dos de ellas mueren a los pocos días; las otras dos, trasladadas al hospital de la ciudad, se preparan también a morir. Al conocer la noticia, Luisa de Marillac anuncia a las hermanas con emoción ciertamente, pero a la vez con gran admiración hacia estas mártires de la caridad:

*“No sé si conocéis la muerte de mi hermana Francisca Manceau y de mi hermana Margarita Ménage, con las armas en la mano, porque Dios se las ha llevado sirviendo a los pobres enfermos y heridos de Calais” (E. 604).*

En París numerosas hermanas, entusiasmadas con esta muerte gloriosa, van voluntarias a relevarlas. Cuatro nuevas hermanas parten en seguida. Durante el camino, una de ellas escribe:

*“Estamos impacientes por llegar para ayudar a las restantes. Nos encontramos hoy a*

*veinticuatro leguas de Calais. Hay tanta gente abandonada, echada en el suelo sobre paja, que causa gran pena verlos” (Doc. 832).*

Nada más llegar, las hermanas se ponen a trabajar; la fatiga las domina, su organismo no puede resistir al contagio. Tres de las nuevas hermanas caen enfermas. Se estima prudente repatriarlas a París; el viaje se hace en parihuelas, en condiciones poco confortables. Esta epopeya de Calais es la última que se vive en los campos de batalla, pues el 7 de noviembre de 1659 se firma el tratado de los Pirineos, que pone fin a la guerra entre Francia y España.

### **10. Una pedagogía personalizada**

LUISA DE Marillac, cuya personalidad ha sido forjada por la vida y por su fe profunda, pone todo su ser de mujer y de cristiana al servicio de su función educadora. Su pedagogía es simple: personaliza la formación que da; parte de la realidad; transmite el dinamismo que encierra.

Recorriendo sus aproximadamente trescientas cincuenta cartas a las Hijas de la Caridad, sorprende comprobar cómo varían el estilo y el tono según las hermanas destinatarias. Luisa tiene en cuenta su nivel cultural, su carácter, su personalidad. Con las hermanas que tienen un “temperamento fuerte” se expresa de una forma muy directa, dando la impresión a veces de ser un poco ruda. En cambio, con las que son tímidas y retraídas, Luisa se muestra mucho más dulce y benévola. Adaptarse a su corresponsal es para Luisa una prueba de respeto.

Luisa no hará nunca un reproche sin destacar alguna cualidad: el sentido de compartir, el talento de pastelera, el deseo de fidelidad a Dios. Luisa sabe que las observaciones son para ayudar y hacer progresar, no para hundir o provocar rebeldías.

La delicadeza de Luisa se manifiesta muy en particular con las hermanas enfermas o moribundas. No pudiendo la mayoría de las veces acudir a la cabecera de las que están lejos, envía a una hermana a que las visite. Así

Isabel va a Nanteuille-Haudouin a llevar a Juana Dalmagne una carta emocionante de su superiora:

*“Dios sabe lo que siento no poder asistirlos en este último acto de amor que creo haréis entregando gustosa vuestra alma al Padre eterno, con el deseo de que honre el instante de la muerte de su Hijo” (E.107).*

La muerte no se ocultaba en el siglo XVII; se vivía en familia. Para la Hija de la Caridad es un último acto de amor a Dios.

La atención de Luisa de Marillac no se detiene en la hermana. Se extiende a toda la familia. Frecuentemente es imposible el correo entre los padres y las hijas que han ido lejos, pues muchos no saben leer ni escribir. Luisa sirve de intermediario, recibiendo o comunicando noticias por medio de las hermanas, y luego trasmitiéndolas. Las cartas permiten seguir la vida de la familia Angiboust, de los alrededores de Chartres, de la familia Ménage, oriunda de Serquex, de la familia Carcireux de Beauvais. Nos enteramos de los numerosos fallecimientos, de las dificultades para encontrar trabajo, de las múltiples preocupaciones de la vida cotidiana.

De esta manera cada hermana se sabe conocida y reconocida por Luisa de Marillac. Cuando no lo advierte ya, lo dice con fuerza. Carlota Royer habla de la “mala Luisa”, que la ha enviado lejos, a Richelieu. Ana Hardemont, persuadida también de haber sido alejada de París, expone desde Ussel por escrito todo su sufrimiento, a veces en términos poco amables. En su respuesta, Luisa de Marillac se esfuerza por calmar su angustia. Si ha sido posible establecer una verdadera relación entre Luisa y sus hermanas a pesar de todas las diferencias, es gracias al respeto de la personalidad de cada una. La confianza recíproca permite compartir con plena humildad y sencillez.

Luisa posee un conocimiento profundo de las realidades que viven sus hermanas. Está informada de ellas tanto por las cartas de sus hermanas, como al escucharlas cuando vuelven a la casa madre, como por las visitas que hace a las casas. Luisa recibe también correo de las

Damas de la Caridad, de los administradores de los hospitales, de los párrocos y de los sacerdotes de la Misión que han visitado a las Hijas de la Caridad. Este conocimiento le permite a Luisa partir de los hechos concretos, de los acontecimientos vividos, para inducir a sus hermanas a una reflexión profunda.

En Richelieu las dos hermanas se quejan de que no pueden hacerlo todo. Luisa las invita a una verdadera revisión de vida sobre el empleo del tiempo, detallando la manera de proceder. Las hermanas anotarán todo el desarrollo de su jornada desde que se levantan hasta que se acuestan, y se fijarán si no hay tiempo perdido, por ejemplo en charlas y visitas inútiles. ¿Son necesarias las comidas fuera de la comunidad? Luisa les pide que examinen el espíritu que las anima a lo largo de la jornada: ¿qué importancia se da a la oración, a la obediencia? ¿Cuál es el móvil de su actividad entre los pobres? Luisa desea que le den cuenta por escrito de esta reflexión comunitaria.

En Angers la vida de comunidad se ha vuelto menos fraternal. Las hermanas son invitadas a mirar cómo se comportan las unas con las otras. De una manera muy simple, Luisa inculca nociones de psicología:

*“Si nuestra hermana es triste, si es un poco nostálgica, si es demasiado viva, si demasiado lenta, qué queréis que haga; es su natural. Y aunque a veces se esfuerce en superarlo, sin embargo no puede impedir que las inclinaciones se manifiesten con frecuencia. ¿Y cómo a una hermana a la que hay que amar vamos a enfadarnos con ella, a maltratarla, a ponerle mala cara? Hermanas mías es preciso cuidarse mucho de ello y no dejar ver que nos damos cuenta de ello, ni discutir con ella, pensando que muy pronto seremos nosotras quienes tendremos necesidad de que ella haga lo mismo” (E. 113).*

En ciertas comunidades surgen dificultades a causa de la mala interpretación de las recomendaciones hechas. La higiene, la limpieza son indispensables en toda vida de comunidad. Pues bien, algunas hermanas, con este pretexto, buscan un bienestar poco compatible con su vocación de Hijas de la Caridad. En numerosas parroquias las

hermanas enseñan catecismo a las niñas pobres. Les es indispensable una preparación. Pero algunas encuentran tal satisfacción personal en el estudio que descuidan el resto: los trabajos humildes de la vida cotidiana, los servicios poco perceptibles que reclama el cuidado de los enfermos. Luisa muestra todo el peligro de querer salir de su condición de servidoras. Adoptar hábitos de Damas, pretender aparecer como sabia para llamar la atención sobre sí, es faltar a los propios compromisos y es también correr el riesgo de provocar la desaparición de la Compañía apartándola de su fin.

En toda su enseñanza, con todo su ser, Luisa trasmite a las hermanas la energía que la hace vivir: el amor al hombre sacado del amor a Cristo encarnado. En las numerosas meditaciones que ha dejado escritas, Luisa de Marillac dirige una mirada llena de admiración al hombre que Dios ha creado, al que Dios ha amado tanto que él mismo ha querido participar de su humanidad para hacerla más bella, para divinizarla de algún modo. Luisa subraya con fuerza cómo la encarnación del Hijo de Dios le ha devuelto al hombre toda su grandeza. En pos del Hijo de Dios hecho hombre, Luisa reconoce la grandeza de todo hombre y cree en sus posibilidades, ya sea expósito, galeote, enfermo mental, rechazado de la sociedad... Se esfuerza en participar esta fuerte convicción a las hermanas, insistiendo en la estima, el respeto y el verdadero amor a toda persona:

*“Nuestra vocación de siervas de los pobres nos advierte sobre la dulzura, humildad y apoyo que hemos de tener con los demás; que debemos respeto y honor a todo el mundo; a los pobres porque son miembros de Jesucristo y nuestros maestros, y a los ricos a fin de que nos den los medios para hacer el bien a los pobres” (E. 466).*

Luisa propone a las hermanas que contemplen la vida terrestre de Jesús para impregnarse de sus actitudes llenas de delicadeza y de caridad hacia los pobres. Enseña a las hermanas a contemplar la humanidad de Cristo padeciendo su pasión en todos los seres que encuentran en su trabajo. Con su servicio, la Hija de la Caridad prolonga la redención, permitiendo que el

hombre desprovisto, humillado y rechazado encuentre de nuevo la vida, una vida de hombre y de hijo de Dios.

Respeto a todo hombre, atención a la persona en todo su ser, servicio de amor, tales son las concretizaciones que Luisa saca de su fe profunda en Jesucristo, el Hijo de Dios y de María. Tal es el dinamismo que trasmite a las Hijas de la Caridad.

### 11. Para el servicio de los pobres

LAS HIJAS de la Caridad que viven lejos de París se sienten, a lo largo de los años, cada vez más frecuentemente interpeladas sobre su identidad. ¿Quiénes son? ¿Porqué juntas? ¿Qué hacen? ¿De quién dependen? Luisa de Marillac, muy atenta a todas estas preguntas, guía a cada una en su reflexión y en las respuestas que ha de dar.

Luisa María de Gonzaga, hija del duque de Nevers, se ha convertido por su matrimonio con Vladislao VI Vasa, en 1645, en reina de Polonia. Ella conoce muy bien la acción caritativa de Vicente de Paúl. Antes de su matrimonio había sido en París Dama de la Caridad. Al descubrir las necesidades de los pobres de su nuevo reino, solicita el envío de sacerdotes de la Misión y de Hijas de la Caridad. Trascurren meses antes de obtener respuesta, porque:

*“Ha sido necesario tomarse tiempo para la prueba de esta vocación y reconocer si era de Dios” (E. 783).*

En 1651 van cuatro sacerdotes de la Misión y un hermano, y a finales del año 1652 se les unen tres Hijas de la Caridad. Las hermanas son acogidas con gozo por la reina, que se siente feliz de tener noticias de Francia. Durante algunas semanas las retiene en su castillo de Lowick, porque se ha declarado una peste que causa estragos en Varsovia. Después de este período de adaptación y de aprendizaje de la lengua, las hermanas comienzan su servicio entre los desgraciados de la capital. Luisa María de Gonzaga, solícita por la buena marcha de la “Caridad”, organiza el trabajo y la vida de las

recién llegadas. Les da como directora a una de sus damas de honor, la srta. de Villers.

Esta señorita, al comprobar la lejanía de las hermanas y las dificultades de mantener correspondencia con París, intenta reemplazar a Luisa de Marillac y poseer la responsabilidad total de las Hijas de la Caridad de Polonia.

Las hermanas comunican su asombro y su inquietud a Luisa de Marillac que puntualiza la función de la srta. de Villers: no puede ser otra que la ejercida habitualmente por las Damas de las Cofradías de la Caridad, consistente en indicar el trabajo que hay que hacer, en repartir las limosnas; pero no tiene derecho alguno sobre la vida espiritual y comunitaria de las hermanas. Los sacerdotes de la Misión presentes en Polonia aseguran la ayuda espiritual de esta lejana comunidad.

A la muerte de la srta. de Villers, en 1658, la reina de Polonia pretende obligar a una de las hermanas a vivir a su lado en el castillo para ser su “limosnera” y distribuir los dones de su generosidad a los pobres. Se lo propone a Margarita Moreau, que no se atreve a negarse a la reina. Escribe a Luisa de Marillac exponiéndole su inquietud:

*“Me encuentro muy preocupada por miedo a que, al cambiar mi hábito y haberme comprometido en la corte, esto me haga perder mi vocación. ¿Qué sé yo si Dios, que una vez me ha concedido la gracia de superar las dificultades que tuve al salir del mundo, me concederá otra parecida? Si de mí dependiera, preferiría que Dios permitiera que me sobreviniera una gran enfermedad antes que ponerme en ese peligro” (Doc. 867).*

Después de deliberar juntos, Vicente de Paúl y Luisa de Marillac transmiten a la reina una cortés negativa. Las Hijas de la Caridad han sido escogidas para llevar en comunidad una vida consagrada al servicio de los pobres.

El obispo de Nantes, mons. Beauvau de Rivarenes, dio su consentimiento en 1646 para que se establecieran las Hijas de la Caridad en el hospital. Pero no comprende el modo de vida de estas servidoras. Pide ver sus

reglas, va a visitar su domicilio, no admite la libertad que tienen de salir del establecimiento y rechaza el poder de los sacerdotes de la Misión sobre ellas, prohibiendo a uno de ellos, M. Berthe, visitar a las hermanas. El obispo querría que estas servidoras fueran como las religiosas agustinas del hospital de Vannes, hermanas enclaustradas y sometidas a su autoridad. Con respeto, pero con energía, Vicente de Paúl y Luisa de Marillac insisten en que las Hijas de la Caridad no son monjas, que tienen:

*“por monasterio, las casas de los enfermos,*

*por celda, una habitación alquilada,*

*por capilla, la iglesia parroquial,*

*por claustro, las calles de la ciudad,*

*por clausura, la obediencia,*

*por reja, el temor de Dios,*

*por velo, la santa modestia”.*

Las exigencias del obispo de Nantes y los continuos conflictos con los administradores motivarán la marcha de las hermanas del hospital en 1664.

En 1659 parten tres hermanas a Narbona, llamadas por el obispo, Francisco Fouquet, uno de los hermanos de Nicolás, el célebre superintendente de finanzas de Luis XIV. Luisa de Marillac le precisa a Francisca Carcireux, la responsable de la comunidad, que no ha de temer exponer y recordar al obispo los objetivos de su servicio: llegar a los más desgraciados. Por aquella época, estos son los que están dispersos por el campo y no pueden o no quieren ir al hospital. Es preciso ir a ellos, alcanzarles en sus pobres moradas. Francisca es invitada a informar al obispo de la manera de vivir escogida por las Hijas de la Caridad:

*“Como en ese lugar no conocen vuestra manera de vivir pobremente, lo mismo que respecto al alojamiento, no deseéis que os traten de otra manera, aunque no fuera más que por miedo. No discutáis; pero exponed humildemente,*

*enérgicamente y con dulzura y brevedad vuestras razones” (E. 644).*

Luisa de Marillac invita a las hermanas a ser transparentes respecto a su elección de vida, a no temer decirlo a los demás y a vivirla concretamente. Escoger una vida pobre es desear permanecer cerca de aquellos a quienes se sirve cada día.

A finales de 1657 y principios de 1658 Luisa de Marillac advierte en el seno mismo de su comunidad de París tensiones que van aumentando día a día. Ante todo se esfuerza en analizarlas. Observa que la mayoría de las hermanas son jóvenes aldeanas, que antes de su entrada en la Compañía no tenían costumbre de “conversar con personas de condición”. Debido a su trabajo, las hermanas están regularmente en contacto con las Damas de la Caridad, hablan con ellas sobre el servicio que es preciso hacer y comparten sus reflexiones. Algunas se sienten satisfechas de ser así consideradas y de estar en pie de igualdad con aquellas Damas. Estas campesinas, en su mayoría analfabetas, han aprendido a leer y a escribir; algunas han tomado gusto al estudio; tienen tal “afán de lectura” que descuidan los pequeños servicios, que se les antojan menos nobles. Estas aldeanas han aprendido también a manejar dinero para el servicio de los pobres enfermos. Algunas descubren las facilidades que procura, y a veces hacen que se beneficien de ello su propia familia.

En un pequeño grupo de hermanas que han descubierto una vida totalmente distinta de la que llevaban ellas en casa, se abre un camino, un deseo, una aspiración: ¿por qué permanecer siempre servidoras? ¿No es posible vivir la consagración a Dios de otra manera, un poco al estilo de las religiosas? Algunas contemplan constituir un grupo de hermanas que dedicaría más tiempo a la oración, la meditación, la lectura... Luisa de Marillac se percata del gran peligro de una escisión en el seno de la Compañía de las Hijas de la Caridad, con las hijas orientadas hacia una vida monacal claustral por un lado, y las que seguirían entregadas al servicio de los pobres por otro, servicio mirado con cierto menosprecio por las primeras. Ve el deseo de este primer grupo de “ser el cuerpo

dominante”; que esas hermanas “pondrían y tendrían debajo de ellas a las que estarían dedicadas a la visita de los enfermos” (E. 821). Concebir así la Compañía es, para Luisa de Marillac, conducirla rápidamente a la ruina.

A pesar de su cansancio y de sus frecuentes enfermedades, Luisa intenta hacer reflexionar a las hermanas. El 10 de enero de 1660 escribe a Margarita Chétif, a la que a petición de Vicente de Paúl ha escogido para sucederle como responsable de la Compañía de las Hijas de la Caridad. Luisa reitera lo que significa esta vocación particular de servidoras de los pobres: una vida cristiana anclada en Jesucristo por la prolongación de la gracia del bautismo; una vida entregada a todos los que sufren y penan; una vida de servicio humilde, simple, sin buscar nada, que se expresa mediante “acciones exteriores que parecen bajas y viles a los ojos del mundo, pero grandes delante de Dios” (Doc. 669).

La muerte de Luisa, dos meses más tarde, y la de Vicente de Paúl el 27 de septiembre del mismo año, provocan en todas las hermanas un vivo sentido de responsabilidad frente a su Compañía y las induce a tomar nuevamente conciencia de su identidad.

## **12. Hacia una relación de comunión**

TREINTA y cinco años de trabajo en común, treinta y cinco años de intensa actividad. ¿Se trata para Vicente de Paúl y Luisa de Marillac de una simple colaboración impuesta por las circunstancias? ¿Fue más lejos esa cooperación que la simple ayuda mutua necesaria en las múltiples obras emprendidas? ¿Desembocó su itinerario común en una verdadera amistad?

El primer encuentro lo motiva para Luisa la necesidad de tener en París un director espiritual, y para Vicente de Paúl la aceptación poco entusiasta de esa función con esta mujer inquieta. En largas cartas explica ella sus escrúpulos, sus tormentos y sus preocupaciones por la educación de su hijo. Él, en sus respuestas, intenta calmarla, apaciguarla. Utiliza con esta mujer de mundo el lenguaje del siglo XVII, de perífrasis y expresión amplificadas de los sentimientos.

*“Ea, ya ha hablado bastante a su hija. Es preciso concluir diciéndole que mi corazón tendrá un recuerdo muy tierno del suyo en el de Nuestro Señor y para el de Nuestro Señor solamente, en cuyo amor y el de su santa Madre yo soy su servidor humildísimo” (hacia 1626, Doc. 21).*

Vicente se esfuerza en desprenderse de esta mujer, que pretende acapararle y tenerlo sin cesar a su lado. A Luisa le resulta difícil pasarse sin la presencia de su director:

*“Espero que me perdone la libertad que me tomo de testimoniarle la impaciencia de mi espíritu, tanto por la larga permanencia pasada como por la aprensión del futuro y de no saber el lugar al que va después de este en el que está” (5 de junio de 1627, E. 7).*

Si esta relación director-dirigida no hubiera sido aceptada, por una y otra parte, como obediencia a la providencia de Dios manifestada en los acontecimientos, sin duda no hubiera existido jamás. Todo, en el plano humano, separaba a Vicente y Luisa.

Poco a poco, a través de cartas y de encuentros, aprenden a conocerse, a descubrir lo que les acerca y lo que los diferencia. El amor de los pobres y la búsqueda de la voluntad de Dios son dos de los puntos comunes que los unen. Vicente descubre hasta qué punto la dureza de la vida ha marcado a Luisa. Comprende mejor sus reacciones ansiosas y atormentadas y su extrema sensibilidad. Descubre también la riqueza de su vida espiritual y la solidez de su unión con Dios. Por su parte, Luisa encuentra en Vicente un sacerdote rebotante de sensatez, cercano a Dios y a los pobres, entregado totalmente a la tarea que se le ha confiado.

El primer envío en misión de Luisa a Montmirail, en mayo de 1629, marca un giro en su vida y modifica su relación con Vicente. Éste, en sus cartas, no emplea ya la expresión “mi querida hija”, que indicaba la dependencia de la dirigida de su director, sino el término “señorita”, reconociendo con ello su plena participación en la misión común. La personalidad de Luisa de Marillac adquiere su plena dimensión; sin temor, sin miedo, ella organiza, orienta y rectifica. Con entera

simplicidad y claridad comunica sus observaciones a Vicente de Paúl. Él cuenta con ella para poner en marcha nuevas cofradías y dar nueva vida a las que languidecen. Entre ellos se establece una colaboración intensa y eficaz en medio de una actividad desbordante. Ambos se encuentran en plena madurez: ella tiene cuarenta años, él cincuenta. Las cartas de esta época dejan ver una cierta admiración de Vicente por Luisa por su tacto con las Damas de la Caridad, entre las cuales se encuentra ella en su ambiente:

*“Me parece bien todo lo que me envía de la Caridad y os ruego que proponga a las hermanas (las Damas de la Caridad) todo lo que le parezca a propósito para ello y pararlo, tanto sobre lo que me ha escrito como de lo que le venga al pensamiento para mejor” (Doc. 49).*

Vicente utiliza la competencia de Luisa para la redacción de los reglamentos de las diversas cofradías, reconociendo toda su competencia:

*“Es usted una mujer animosa, que ha sabido así adaptar el reglamento de la Caridad [de San Nicolás], y me parece bien” (Doc. 55).*

Luisa aprecia en Vicente el consejo seguro y prudente, y al campesino que conoce la necesidad de madurar. Le está muy agradecida por su acción educativa con Miguel, poco interesado en sus estudios. La numerosa correspondencia entre ambos desborda naturalmente el trabajo misionero en el seno de las cofradías. Vicente y Luisa se informan de las pequeñas noticias de la vida cotidiana, de su estado de salud, de su reflexión sobre los diversos acontecimientos.

La llegada de Margarita Naseau a las cofradías de París, seguida de la entrada de otras varias aldeanas, despierta en Luisa una fuerte intuición: la necesidad de reunir las en una Cofradía distinta de la de las Damas. La insistencia de Luisa, su rapidez en concebir y organizar todas las cosas, asombran y sorprenden a Vicente de Paúl. Hay que esperar su consentimiento; pero Luisa, segura de la voluntad de Dios, va delante, insistiendo humilde pero firmemente.

Después de la fundación de la Compañía, Vicente y Luisa aseguran juntos la formación de las hermanas y juntos reflexionan sobre los diferentes problemas a los que han de hacer frente: el discernimiento de las vocaciones, las exigencias de las Damas, la enfermedad de las hermanas, las dificultades de la vida comunitaria... Su complementariedad es evidente, netamente reconocida y apreciada. La prudente lentitud de Vicente es compensada con la presta solicitud de Luisa. Por eso las diferencias entre sus dos personalidades son fuente de equilibrio y de riqueza.

La relación entre Vicente y Luisa, vivida en la verdad, la confianza y la simplicidad, se torna más difícil y más tensa entre 1640-1642. La diferencia es mal recibida, no acerca ya, tiende a alejar. Durante su viaje a Angers, Luisa se ve forzada a firmar el contrato con el hospital. Vacila en hacerlo en su nombre, como directora de las Hijas de la Caridad, pues la Compañía no tiene ninguna existencia legal; Vicente de Paúl no tiene prisa en hacer gestiones ante las autoridades de la Iglesia y del Estado. Luisa se siente incómoda ante esta situación y se lo indica a Vicente de Paúl. Recibe la misma respuesta en cartas sucesivas. La tercera, del 22 de enero de 1640, permite suponer que Luisa ha reaccionado ante las directrices recibidas:

*“He aquí la respuesta a las cosas principales que me escribe usted... Tocante a los artículos de los señores dueños del hospital, me parece que haría usted bien en aprobarlos en su nombre como directora de las pobres Hijas de la Caridad, con el beneplácito del superior general de la Compañía de los sacerdotes de la Misión, director de las mencionadas Hijas” (Doc. 261).*

En 1640-1641, la elección del emplazamiento de la nueva casa madre de las Hijas de la Caridad pone de manifiesto la divergencia de puntos de vista entre Luisa y Vicente. Ella desearía que las dos casas madres estuvieran la una cerca de la otra. Él no lo quiere por temor al qué dirán cuando vean a los sacerdotes ir a casa de las hermanas, y viceversa. Finalmente Vicente cede ante la insistencia de Luisa y busca una casa en los alrededores de San Lázaro, pero sin muchas prisas para el gusto de

su colaboradora. En febrero de 1641, Vicente responde con bastante dureza a las impacencias de Luisa:

*“Os veo siempre un poco dominada por sentimientos humanos apenas me veis enfermo, pensando que todo está perdido si falta una casa. Oh mujer de poca fe y aquiescencia a la conducta y al ejemplo de Jesucristo... Para un puñado de hijas que su Providencia manifiestamente se ha suscitado y congregado, pensáis que os faltará” (Doc. 300).*

Otras cartas, en el mismo tono, manifiestan relaciones cada vez más tensas. Vicente reprocha a Luisa su severidad, sus exigencias respecto a las nuevas hijas recibidas en la Compañía. Por su parte, Luisa no acierta a comprender la actitud de Vicente: descuida cada vez más las conferencias y las reuniones de formación espiritual que promete hacer a las hermanas. Veintiocho cartas de marzo de 1640 a junio de 1642 expresan bien la promesa de ir: “Si puedo, iré mañana”; o bien la excusa ¡por no haber podido ir o haber olvidado la cita! Luisa de Marillac echa la cuenta de las pocas conferencias dadas en esta época por Vicente de Paúl. Nota inexorablemente las palabras de Vicente o sus propias reflexiones. La reseña comienza así:

*“Ha faltado poco para que no fuera hoy, pues he tenido que ir muy lejos a la ciudad; por eso tendré poco tiempo para hablaros” (Conf. 23).*

El 16 de agosto, un año más tarde, Luisa subraya las excusas de Vicente de Paúl:

*“Hace mucho tiempo que debiera haberos hablado (hace un año de esto), pero me he visto impedido principalmente por mi miseria y mis asuntos. Espero que la bondad de Dios habrá suplido ella misma lo que os debo” (Conf. 26).*

Con mayor severidad aún señala Luisa al comienzo de la conferencia del 9 de marzo de 1642:

*“El señor Vicente no ha podido, por algún asunto urgente, estar al comienzo de la conferencia... La comenzó el sr. Portail..., ;El sr. Vicente llegó hacia las cinco!” (Conf. 39).*

¡Las conferencias comienzan habitualmente a las dos! Y el 16 de marzo Luisa observa con una pizca de humor:

*“El señor Vicente nos hizo el honor de estar presente desde el principio” (Conf. 41).*

Sólo las conferencias dadas entre agosto de 1640 y marzo de 1642 presentan esas anotaciones. Luisa de Marillac se da cuenta de que Vicente de Paúl otorga prioridad a las Damas de la Caridad, al arzobispo de París, a los ordenandos, a la reina... Las Hijas de la Caridad vienen siempre después. ¿Es su educación primera lo que impulsa así a Vicente a dejar siempre las últimas a las Hijas? A Luisa le resulta difícil aceptarlo. Con la libertad que le da su propia educación escribe a Vicente de Paúl el 11 de septiembre de 1641:

*“Os suplico con toda humildad que nos haga la caridad que su bondad nos ha hecho esperar, pues tenemos gran necesidad. Las ocasiones que se lo han impedido no dejarán de encontrarse siempre, a menos que nos hagáis el honor de no esperarlas. Perdonadme mi libertad” (E. 60).*

Para Luisa de Marillac, las Hijas de la Caridad han de ser tratadas con el mismo honor que las Damas o la reina.

Súbitamente, un acontecimiento pone fin a este período bastante penoso. El sábado 7 de junio de 1642, víspera de pentecostés, el piso de la sala de reunión de la casa madre de las Hijas de la Caridad se hunde. No hay ninguna víctima. Tenía que haber habido una conferencia, pero Vicente de Paúl la había diferido.

La espiritualidad de Vicente y de Luisa está muy marcada por este acontecimiento, signo de Dios. Este hundimiento del piso les hace reaccionar y los transforma. Vicente envía inmediatamente a Luisa una carta llena de delicadeza. Luisa indica en sus meditaciones “la transformación interior” que tuvo lugar en aquel día. Vicente y Luisa toman conciencia de que Dios les llama a superar la crisis que acaban de vivir, a convertirse. Es un signo manifiesto para que prosigan juntos el trabajo comenzando por el bien de los pobres y para su gloria.

Queda salvada una etapa difícil. Ahora ante Luisa y Vicente se abre un largo período de amistad profunda y fecunda.

La amistad que une a Vicente de Paúl y a Luisa de Marillac no es en modo alguno búsqueda de identificación con uno mismo: la viven dentro del respeto profundo de la originalidad del otro. Cada uno puede exponer con entera libertad su pensamiento, su parecer, seguro de ser aceptado por el otro. Esta confianza recíproca no diluye las diferencias.

Cada uno comprende que la confrontación de las ideas es fuente de progreso personal, de mayor comprensión de un problema. Luisa subraya toda su importancia en una carta a Vicente de Paúl:

*“Os suplico muy humildemente, señor, que las debilidades de mi espíritu que os he manifestado, no exijan de vuestra caridad la condescendencia que podrías pensar que deseo que mostréis con mis pensamientos, pues eso es totalmente ajeno a mis deseos, y no tengo mayor placer que cuando soy razonablemente contrariada, pues Dios me concede casi siempre la gracia de conocer y estimar el parecer de los demás de muy distinta manera que el mío... y particularmente cuando es vuestra caridad, estoy segura de ver esta verdad claramente, aunque sea en asuntos que me permanecen ocultos por algún tiempo” (E. 339).*

Como en toda institución, en la Compañía de las Hijas de la Caridad se celebran Consejos para estudiar y orientar la vida y la acción de las hermanas. El del 30 de octubre de 1647 versa sobre un problema particular: ¿pueden las hermanas, en los pueblos, admitir niños con las niñas a las que instruyen? Vicente y Luisa ven la cuestión de manera muy diferente. Luisa está más cerca de las hermanas, conoce la presión de las familias, ve las necesidades de los chicos que no tienen a nadie que les instruya: Vicente mantiene la distancia respecto al problema. Recuerda las ordenanzas del rey y de los obispos, que prohíben la coeducación. Luisa no teme insistir, subrayando las dificultades con que tropieza:

*“A veces una niña no podría ir a la escuela si no lleva consigo a su hermano pequeño, pues la madre no está en casa para cuidar de él” (Doc. 495).*

Vicente, que preside el consejo, examina todas las razones expuestas y cierra el debate rehusando aceptar niños.

La amistad que respeta al otro es una fuerza. Vicente y Luisa saben que pueden contar el uno con el otro en todas las circunstancias, pero particularmente en los momentos difíciles. En 1657, Luisa escribe al que, de acuerdo con las expresiones de la época, llama su muy honrado Padre:

*“Las necesidades de la Compañía urgen un poco a reunirse y hablarle. Me parece que mi espíritu está todo atribulado; tan débil es. Toda su fuerza y su descanso, después de Dios, es ser, por su amor, mi muy honorable Padre, vuestra humilde y obediente servidora” (E. 551).*

La muerte de las fieles compañeras de camino es uno de los momentos en los que la amistad se atreve a manifestar toda su ternura, convirtiéndose el afecto en fuerza para superar el violento dolor debido a la separación de un ser querido. En 1653, Vicente se siente abrumado por la muerte en Polonia de uno de sus primeros compañeros, M. Lambert. Luisa le escribe participándole toda su emoción y su afecto:

*“¿No es un atrevimiento, mi muy honorable Padre, osar mezclar mis lágrimas con vuestra sumisión ordinaria a la conducta de la divina Providencia, mis debilidades con la fuerza que Dios os ha dado para sobrellevar la considerable parte que Nuestro Señor os da tan frecuentemente en sus sufrimientos?...” (E. 413).*

En 1658 le toca a Vicente de Paúl llevar su apoyo afectuoso a Luisa con ocasión de la muerte de Bárbara Angiboust, que había entrado en la Compañía de las Hijas de la Caridad en julio de 1634. La invita él a honrar la aquiescencia de la Virgen María durante la muerte de su Hijo.

Viviendo profundamente su fe en Cristo y conscientes de tener una misión común, Vicente y Luisa ponen lo mejor de sí mismos al servicio del otro. Esta participación se convierte en enriquecimiento mutuo porque se la vive en el respeto de la andadura del otro. Vicente de Paúl fue reiteradamente testigo del temperamento vivo e impulsivo de Luisa de Marillac, de sus juicios severos. En la conferencia que reunió a las hermanas después de la muerte de su superiora para hablar de sus virtudes, observa él:

*“A veces se manifestaron en la Señorita ciertos arrebatos. Era cosa de nada, y no puedo ver en ello pecado. Siempre era muy firme...” (Conf. 938).*

Lentamente, pacientemente, Vicente anima a Luisa a vivir en calma, a serenarse, a modificar su manera de ver, a conformarse a Jesús, dulce y humilde de corazón. Poco a poco, Luisa adquiere claramente conciencia de sus impaciencias, de su exagerada ansiedad, de su tendencia a dramatizar cosas nimias. La benevolencia, la mansedumbre, la longanimidad, virtudes que caracterizan al bueno de Vicente, impregnan imperceptible pero regularmente a Luisa, la trasforman, la enriquecen. En 1655 puede escribir:

*“Hace bien sufrir y esperar con paciencia la hora de Dios en los asuntos más difíciles, lo cual repugna tan a menudo a mi humor tan precipitado” (E. 493).*

Luisa comparte con Vicente sus intuiciones, su visión futura de la Compañía de las Hijas de la Caridad. Durante largos años le explica a Vicente la importancia de poner esta Compañía bajo la dirección del superior general de la Congregación de la Misión, y no de la de los obispos. Luisa conoce los poderes de los obispos en sus diócesis. Sabe que el de Lión no ha consentido que las visitandinas, fundadas por Francisco de Sales, realizaran la visita de los enfermos a domicilio y que ha obligado a esas religiosas a permanecer dentro de su monasterio. En Burdeos, el obispo ha impuesto también la clausura a la Congregación docente fundada por Juanade Lestonnac. Si las Hijas de la Caridad, que se van difundiendo en numero-

sas diócesis, son colocadas bajo la dirección de cada obispo, el servicio de los pobres corre el riesgo de verse comprometido en múltiples lugares, pues muchos obispos no comprenden ni aceptan esta forma de vida secular para mujeres. Vicente de Paúl comienza dando una negativa al proyecto de Luisa. No quiere que la Congregación de la Misión se aparte de su fin: la evangelización del campo y la obra de los seminarios. ¿Puede y debe encargarse esta Congregación de la dirección espiritual de las Hijas de la Caridad? Además, Vicente de Paúl se ha mostrado siempre muy respetuoso con la Iglesia y con los obispos. Las Hijas de la Caridad pueden substraerse a la autoridad del responsable de la Iglesia diocesana. Son simples cristianas consagradas a Dios; no son religiosas.

Luisa de Marillac actúa pacientemente y con firmeza. Con toda su finura femenina interviene ante Vicente de Paúl subrayando dos ideas que, como ella sabe, son fundamentales para él (igual que para ella): la fidelidad a la voluntad de Dios y el mantenimiento del servicio de los pobres.

*“En nombre de Dios, señor, no permitáis que ocurra nada que pueda dar la menor apariencia de apartar a la Compañía de la dirección que Dios ha querido darle. Pues esté usted seguro de que al punto dejaría de ser lo que es y los pobres enfermos no serían ya socorridos, y con ello creo que la voluntad de Dios no se cumpliría ya entre nosotros” (E. 186).*

Durante nueve años Luisa desarrolla su pensamiento, insiste y se esfuerza en obtener el consentimiento de Vicente de Paúl. Finalmente, en enero de 1655, el cardenal de Retz aprueba la Compañía de las Hijas de la Caridad y la coloca bajo la entera dependencia de Vicente de Paúl y de sus sucesores, los superiores generales de la Congregación de la Misión. Luisa es feliz; no de su éxito personal, sino porque la Compañía podrá continuar sirviendo a todos los pobres y en todas partes según el carisma recibido de Dios.

Durante los últimos años de su vida, numerosas atenciones descubren la delicadeza de su amistad. A partir de 1655, Vicente y Luisa

aparecen como “ancianos”. Su edad (setenta y cinco y sesenta y cinco años) es una edad muy avanzada para su época. En el siglo XVII la esperanza de vida es de treinta y siete años. Su estado de salud inquieta a menudo al otro. Luisa, como buena enfermera, propone remedios y tisanas a Vicente. Ella misma le indica técnicas de apósitos para su úlcera de pierna. Vicente consiente bonachonamente y prueba los tratamientos indicados.

*“Vuestra caridad verá lo que juzga a propósito de que lo tome mañana y a qué hora. Lo haré con la ayuda de Dios... He estado estreñado esta noche y por la mañana. Acabo de tomar el té”.*

Con toda sencillez Vicente y Luisa se van a ayudar para prepararse “a salir de este mundo”, a nacer a un mundo nuevo. Luisa se dirige a Vicente:

*“Necesito mucho aprender a prepararme [a salir de este mundo]; es lo que espero de vuestra caridad para no naufragar en el puerto de mi navegación” (E. 487).*

Los votos que se formulan a finales del año 1659 son el reflejo de su conocimiento mutuo y del deseo de estar siempre dentro de la voluntad de Dios. Aceptan con serenidad no poder verse más. Su amistad está ahora por encima de todo contacto; se ha hecho tan simple y transparente que no tiene necesidad de apoyo humano. Vicente le envía a Luisa moribunda este corto mensaje:

*“Usted parte la primera; si Dios me perdona mis pecados, espero ir pronto a unirme con usted en el cielo”*

La amistad vivida entre Vicente de Paúl y Luisa de Marillac se ha basado en la autenticidad, es decir, en la aceptación profunda de la identidad del otro, en el reconocimiento y el respeto de sus diferencias. Nacida de la obediencia en una relación voluntaria de dirección espiritual, habiendo pasado por el aprendizaje del otro en una relación complementaria de colaboración y alcanzada la serenidad de la vejez en una relación de comunión, esta amistad es una sorprendente trayectoria de santidad y de reconfortante humanidad.

### 13. El último mensaje

LA SALUD de Luisa de Marillac fue siempre para Vicente de Paúl una fuente de inquietud. El 13 de diciembre de 1647 escribía a M. Blatiron, superior de los sacerdotes de la Misión de Génova:

*“Considero a la señorita Le Gras como muerta naturalmente desde hace diez años; al verla, se diría que sale de la tumba; tal es la debilidad de su cuerpo y la palidez de su rostro. Pero Dios sabe la fuerza de espíritu que tiene” (Doc. 507).*

Frecuentes “fiebreccitas” obligan a Luisa a detenerse, a recurrir a los médicos, que prescriben purgas y sangrías según las costumbres de entonces. Su energía le permite recuperarse siempre. Vicente de Paúl ve en ello una gracia muy particular de Dios, que sabe la necesidad que tienen los pobres de ella para ser socorridos. A partir de 1652 las recaídas son cada vez más frecuentes.

En mayo de 1656, una grave enfermedad pone su vida en peligro. Luisa se prepara serenamente a morir pensando que Dios le da “la llave para salir pronto de este mundo” (E. 487). Con sorpresa de todos, recupera lentamente sus fuerzas y puede reanudar sus actividades a finales de año.

El 4 de febrero de 1660, una “fluxión” del brazo izquierdo con una fuerte fiebre la derriba de nuevo.

Su estado empeora rápidamente a pesar de las dos incisiones hechas en el brazo. Rodeada de su familia y de todas las hermanas presentes en la casa madre, Luisa recibe con gran paz el sacramento de los enfermos. En el curso de esta pequeña celebración bendice a su hijo y a su familia:

*“Ruego al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por el poder que ha dado a los padres y a las madres de bendecir a sus hijos, que os conceda su bendición y os desprenda de las cosas de la tierra y os una a él. Vivid como buenos cristianos”.*

Luego, mirando a las hermanas presentes en torno suyo, les recomienda el amor a su

vocación y la fidelidad en el servicio de los pobres. Numerosas oraciones se elevan al cielo pidiendo su curación. Se colocan en su brazo enfermo reliquias de San Carlos y de San Francisco de Sales. Se aprecia una mejoría. Disminuye la fluxión y desaparece la fiebre. La mejoría persiste durante tres semanas. Pero el 9 de marzo hace su aparición la gangrena en el brazo. Luisa comprendiendo la gravedad de su estado, pide comulgar por viático. Se prepara a recibir a su Dios hablando con sus hermanas de la grandeza de la eucaristía. El 13 de marzo por la mañana, el párroco de San Lorenzo le lleva el Cuerpo de Cristo. Después de una larga acción de gracias, Luisa se dirige de nuevo a sus hermanas presentes:

*“Mis queridas hermanas, sigo pidiendo a Dios que bendiga y le ruego os conceda la gracia de permanecer en vuestra vocación para servirle de la manera que él espera de vosotras. Cuidad mucho del servicio de pobres, y sobre todo de vivir muy unidas con una unión y cordialidad, amándoos las unas a las otras para imitar la unión y la vida de Nuestro Señor. Y pedid mucho a la Virgen Santísima que sea ella vuestra única madre”.*

Con estas palabras que las hermanas recogieron como su testamento espiritual, Luisa de Marillac, reafirma brevemente lo que le ha parecido siempre lo esencial para la Compañía de las Hijas de la Caridad. Esta Compañía se ha fundado y establecido para el servicio de los pobres, que ha de preferirse a cualquier otra cosa. La vida comunitaria es el sostén y la garantía del servicio; es también, en la Iglesia y el mundo, revelación del amor de Dios. Luisa concede a Cristo un puesto central en la vida de la Hija de la Caridad. Recuerda la elección de María para que guíe a cada una hacia Cristo y los pobres. El 13 de marzo por la noche las fuerzas de Luisa declinan. Alertadas, van a ver a numerosas Damas de la Caridad. La duquesa de Ventadour pide permanecer a su lado hasta el final. Aunque muy débil, Luisa está muy atenta a cada una, reconfortando a unas y animando a otras. Vicente de Paúl, enfermo, no puede acudir. Envía a un sacerdote de la Misión a decirle que espera encontrarla muy pronto en el cielo.

El 15 de marzo, a las seis de la mañana, Luisa invita a las hermanas que la velan a que vayan a descansar, prometiendo avisarlas cuando llegue el momento de comparecer delante de Dios. A las 11 manda llamar a todas las hermanas. Luisa entra en agonía. La sra. de Ventadour está a su lado sosteniendo un cirio encendido. Todas las hermanas, de rodillas, recitan las oraciones de los agonizantes. Un padre de la Misión le da luego la bendición apostólica. Poco después, Luisa expira. Son las 11 y media del lunes de pasión, el 15 de marzo de 1660.

El miércoles siguiente, el cuerpo de Luisa es depositado en la capilla de la Visitación de la Iglesia de San Lorenzo, parroquia de la casa madre de las Hijas de la Caridad. Gobillon, el primer biógrafo de Luisa de Marillac, que escribe dieciséis años después de su muerte, cuenta lo que ha llamado la atención de cuantos iban a orar en su tumba. “De vez en cuando sale como un vapor suave que difunde un olor parecido al de la violeta y el lirio, de lo que pueden dar testimonio gran número de personas; y lo más sorprendente es que las Hijas de la Caridad que van a recitar oraciones en su tumba, vuelven a veces tan perfumadas de este olor que lo llevan con ellas a las hermanas enfermas de la enfermería de la casa. Podría añadir el testimonio de la experiencia que de ello he tenido varias veces, si fuera de alguna consideración en esta ocasión. Y podría decir que, después de haber tomado todas las precauciones posibles para examinar si no era efecto de alguna causa natural, no he podido descubrir ninguna a la que poder atribuirlo”.

¿Este perfume no es más que el reflejo de la santidad de Luisa y de su profunda humildad, o es también una invitación a proseguir la obra emprendida en favor de los pobres?

En el curso de los siglos numerosas Hijas de la Caridad han deseado vivir como Luisa de Marillac y se han “dado a Dios para servirle en sus miembros pacientes”. Para llegar a los más abandonados y a los más desamparados han recorrido los senderos del mundo. Al presente, más de treinta mil Hijas de la Caridad, en más de setenta y seis países están a la escucha de la llamada de los pobres:

*“En la escuela del Hijo de Dios, las Hijas de la Caridad aprenden que no hay miseria que les sea ajena. Cristo llama continuamente a su Compañía por medio de los hermanos que sufren, por los signos de los tiempos, por la Iglesia. Múltiples son las formas de pobreza, múltiples las formas de servicio; uno es el amor que Dios hace nacer en aquellas a las que ha llamado y congregado” (Constituciones de las Hijas de la Caridad).*

En Europa como en África, en Asia como en América o en Australia, las Hijas de la Caridad se esfuerzan en vivir las grandes intuiciones de Luisa de Marillac y de Vicente de Paúl para responder con una fidelidad y una disponibilidad siempre renovadas a las necesidades de su tiempo.

Elisabeth Charpy

Ed. Paulinas, 1992